Lenin

ULTIMOS ARTICULOS Y CARTAS

¡Proletarios de todos los países, uníos!

V. Lenin

Ultimos artículos y cartas

Editorial • Progreso • Moscú

I

CARTA AL CONGRESO[1]

Yo aconsejaría mucho que en este Congreso se introdujesen varios cambios en nuestra estructura política.

Desearía exponerles las consideraciones que estimo más importantes.

Lo primero de todo coloco el aumento del número de miembros del CC hasta varias decenas e incluso hasta un centenar. Creo que si no emprendiéramos tal reforma, nuestro Comité Central se vería amenazado de grandes peligros, caso de que el curso de los acontecimientos no fuera del todo favorable para nosotros (y no podemos contar con eso).

También pienso proponer al Congreso que, dentro de ciertas condiciones, se dé carácter legislativo a las decisiones del Gosplán, coincidiendo en este sentido con el camarada Trotski, hasta cierto grado y en ciertas condiciones.

Por lo que se refiere al primer punto, es decir, al aumento del número de miembros del CC, creo que esto es necesario tanto para elevar el prestigio del CC como para un trabajo serio con objeto de mejorar nuestro aparato y como para evitar que los conflictos de pequeñas partes del CC puedan adquirir una importancia excesiva para todos los destinos del Partido.

Opino que nuestro Partido está en su derecho de pedir a la clase obrera de 50 a 100 miembros del CC, y que puede recibirlos de ella sin hacerla poner demasiado en tensión sus fuerzas.

Esta reforma aumentaría considerablemente la solidez de nuestro Partido y le facilitaría la lucha que sostiene, rodeado de Estados hostiles, lucha que, a mi modo de ver, puede y debe agudizarse mucho en los años próximos. Se me figura que, gracias a esta medida, la estabilidad de nuestro Partido se haría mil veces mayor.

Lenin

23. XII. 22
Taquigrafiado por M. V.

II

Continuación de las notas.
24 de diciembre del 22

Por estabilidad del Comité Central, de que hablaba más arriba, entiendo las medidas contra la escisión en el grado en que tales medidas puedan, en general, adoptarse. Porque, naturalmente, tenía razón el guardia blanco de *Rússkaya Mysl* (creo que era S. F. Oldenburg[2]) cuando, lo primero, en el juego de esas gentes contra la Rusia Soviética ponía sus esperanzas en la escisión de nuestro Partido y cuando, lo segundo, las esperanzas de que se fuera a producir esta escisión las cifraba en gravísimas discrepancias en el seno del Partido.

Nuestro Partido se apoya en dos clases, y por eso es posible su inestabilidad y sería inevitable su caída si estas dos clases no pudieran llegar a un acuerdo. Sería inútil adoptar unas u otras medidas con vistas a esta eventualidad y, en general, hacer consideraciones acerca de la estabilidad de nuestro CC. Ninguna medida sería capaz, en este caso, de evitar la escisión. Pero yo confío que esto se refiere a un futuro demasiado lejano y es un acontecimiento demasiado improbable para hablar de ello.

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un próximo futuro, y tengo el propósito de exponer aquí varias consideraciones de índole puramente personal.

Yo creo que lo fundamental en el problema de la estabilidad, desde este punto de vista, son tales miembros del CC como Stalin y Trotski. Las relaciones entre ellos, a mi modo de ver, encierran más de la mitad del peligro de esa escisión que se podría evitar, y a cuyo objeto debe servir entre otras cosas, según mi criterio, la ampliación del CC hasta 50 o hasta 100 miembros.

El camarada Stalin, llegado a Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, según demuestra su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no se distingue únicamente por su gran capacidad. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual CC, pero está demasiado ensoberbecido

y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos destacados jefes del CC actual pueden llevar sin quererlo a la escisión, y si nuestro Partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede venir sin que nadie lo espere.

No seguiré caracterizando a los demás miembros del CC por sus cualidades personales. Recordaré sólo que el episodio de Zinóviev y Kámenev[3] en Octubre no es, naturalmente, una casualidad, y que de esto se le* puede culpar personalmente tan poco como a Trotski de su no bolchevismo.

En cuanto a los jóvenes miembros del CC, diré algunas palabras acerca de Bujarin y de Piatakov. Son, a mi juicio, los que más se destacan (entre los más jóvenes), y en ellos se debería tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no sólo es un valiosísimo y notabilísimo teórico del Partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el Partido; pero sus concepciones teóricas muy difícilmente pueden calificarse de enteramente marxistas, pues hay en él algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido por completo la dialéctica).

25. XII. Viene después Piatakov, hombre sin duda de gran voluntad y gran capacidad, pero a quien atraen demasiado la administración y el aspecto administrativo de los asuntos para que se pueda confiar en él en un problema político serio.

Naturalmente, una y otra observación son valederas sólo para el presente, en el supuesto de que estos dos destacados y fieles militantes no encuentren ocasión de completar sus conocimientos y de corregir su unilateral formación.

Lenin

25. XII. 22
Taquigrafiado por M. V.

---

* Se trata evidentemente de un error: por el sentido, en vez de "le" debe ser "les". (*El Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PCUS.*)

Stalin es demasiado brusco, y este defecto, plenamente tolerable en nuestro medio y en las relaciones entre nosotros, los comunistas, se hace intolerable en el cargo de Secretario General. Por eso propongo a los camaradas que piensen la forma de pasar a Stalin a otro puesto y de nombrar para este cargo a otro hombre que se diferencie del camarada Stalin en todos los demás aspectos sólo por una ventaja, a saber: que sea más tolerante, más leal, más correcto y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc. Esta circunstancia puede parecer una fútil pequeñez. Pero yo creo que, desde el punto de vista de prevenir la escisión y desde el punto de vista de lo que he escrito antes acerca de las relaciones entre Stalin y Trotski, no es una pequeñez, o se trata de una pequeñez que puede adquirir importancia decisiva.

Lenin

Taquigrafiado por L. F.
4 de enero de 1923

III

Continuación de las notas.
26 de diciembre de 1922

La ampliación del CC hasta 50 o incluso 100 miembros debe perseguir, a mi modo de ver, un fin doble o incluso triple: cuanto mayor sea el número de miembros del CC, más gente aprenderá a realizar el trabajo de éste y tanto menor será el peligro de una escisión debida a cualquier imprudencia. La incorporación de muchos obreros al CC ayudará a los obreros a mejorar nuestro aparato, que es pésimo. En el fondo lo hemos heredado del viejo régimen, puesto que ha sido absolutamente imposible rehacerlo en un plazo tan corto, sobre todo con la guerra, con el hambre, etc. Por eso podemos contestar tranquilamente a los "críticos" que con sonrisa burlona o con malicia nos señalan los defectos de nuestro aparato, que son gentes que no comprenden nada las condiciones de nuestra revolución. En cinco años es im-

posible por completo reformar el aparato en medida suficiente, sobre todo atendidas las condiciones en que se ha producido nuestra revolución. Bastante es si en cinco años hemos creado un nuevo tipo de Estado en el que los obreros van delante de los campesinos contra la burguesía, lo que, considerando las condiciones de la hostil situación internacional, es una obra gigantesca. Pero la conciencia de que esto es así no debe en modo alguno cerrarnos los ojos ante el hecho de que, en esencia, hemos tomado el viejo aparato del zar y de la burguesía y que ahora, al advenir la paz y cubrir en grado mínimo las necesidades relacionadas con el hambre, todo el trabajo debe orientarse al mejoramiento del aparato.

Según me imagino yo las cosas, unas decenas de obreros incluidos en el CC pueden, mejor que cualquiera otro, entregarse a la labor de revisar, mejorar y rehacer nuestro aparato. La Inspección Obrera y Campesina, a la que en un principio pertenecía esta función, ha sido incapaz de cumplirla y únicamente puede ser empleada como "apéndice" o como auxiliar, en determinadas condiciones, de estos miembros del CC. Los obreros que pasen a formar parte del CC deben ser preferentemente, según mi criterio, no de los que han actuado largo tiempo en las organizaciones soviéticas (en esta parte de la carta, lo que digo de los obreros se refiere también por completo a los campesinos), porque en ellos han arraigado ya ciertas tradiciones y ciertos prejuicios con los que es deseable precisamente luchar.

Los obreros que se incorporen al CC deben ser, de preferencia, personas que se encuentren por debajo de la capa de los que en los cinco años han pasado a ser funcionarios soviéticos, y deben hallarse más cerca de los simples obreros y campesinos, que, sin embargo, no entren, directa o indirectamente, en la categoría de los explotadores. Creo que esos obreros, que asistirán a todas las reuniones del CC y del Buró Político, y que leerán todos los documentos del CC, pueden ser cuadros de fieles partidarios del régimen soviético, capaces, lo primero, de dar estabilidad al propio CC y, lo segundo, de trabajar realmente en la renovación y mejoramiento del aparato.

Lenin

Taquigrafiado por L. F.
26. XII. 22

IV

Continuación de las notas.
27 de diciembre de 1922

SOBRE LA CONCESION DE FUNCIONES LEGISLATIVAS AL GOSPLAN

Esta idea la sugirió el camarada Trotski, me parece, hace ya tiempo. Yo me manifesté en contra, porque estimaba que, en tal caso, se produciría una falta de concordancia fundamental en el sistema de nuestras instituciones legislativas. Pero un examen atento del problema me lleva a la conclusión de que, en el fondo, aquí hay una idea sana: el Gosplán se halla algo al margen de nuestras instituciones legislativas, a pesar de que, como conjunto de personas competentes, de expertos, de hombres de la ciencia y de la técnica, se encuentra, en el fondo, en las mejores condiciones para emitir juicios acertados.

Sin embargo, hasta ahora partíamos del punto de vista de que el Gosplán debe presentar al Gobierno un material críticamente analizado, y que las instituciones gubernamentales deben ser las encargadas de resolver los asuntos públicos. Yo creo que en la situación actual, cuando los asuntos públicos se han complicado extraordinariamente, cuando a cada paso hay que resolver así como vienen los problemas en que se necesita el dictamen de los miembros del Gosplán sin separarlos de los problemas en los que no se necesita, e incluso más aún, resolver asuntos en los que unos puntos requieren el dictamen del Gosplán mientras que otros puntos no lo requieren, se debe dar un paso en el sentido de aumentar la competencia del Gosplán.

Este paso lo concibo de tal manera que las decisiones del Gosplán no puedan ser rechazadas según el procedimiento corriente en los organismos soviéticos, sino que para modificarlas se requiera un procedimiento especial; por ejemplo, llevarlas a la reunión del CEC de toda Rusia, preparar el asunto cuya decisión deba ser modificada según instrucciones especiales, redactándose, según reglas especiales, informes por escrito con objeto de sopesar si dicha decisión del Gosplán debe ser anulada; marcar, en fin, plazos especiales para modificar las decisiones del Gosplán, etc.

En este sentido creo que se puede y se debe coincidir con el camarada Trotski, pero no en lo de que la presidencia del Gosplán debe ocuparla una personalidad destacada, uno de nuestros jefes políticos, o el Presidente del Consejo Supremo de la Economía Nacional, etc. Me parece que en este asunto el factor personal se entrelaza hoy día demasiado íntimamente con el problema de principio. Creo que los ataques que ahora se escuchan contra el Presidente del Gosplán, camarada Krzhizhanovski, y el Vicepresidente, camarada Piatakov, y que se lanzan contra los dos, de tal manera que, de una parte, escuchamos acusaciones de extremada blandura, de falta de independencia y de carácter, mientras que, de otra parte, escuchamos acusaciones de grosería, de trato cuartelero, de falta de una sólida preparación científica, etc., creo que estos ataques son expresión de los dos aspectos del problema, desorbitándolos hasta el extremo, y que lo que nosotros necesitamos realmente en el Gosplán es una acertada combinación de los dos tipos de carácter, modelo de uno de los cuales puede ser Piatakov y del otro Krzhizhanovski.

Creo que a la cabeza del Gosplán debe haber una persona con preparación científica en el sentido técnico o agronómico, que posea una experiencia larga, de muchas decenas de años, de trabajo práctico, bien en la técnica, bien en la agronomía. Creo que esa persona debe poseer no tanto aptitudes administrativas como amplia experiencia y capacidad para atraerse a la gente.

Lenin

27. XII. 22
Taquigrafiado por M. V.

V

Continuación de la carta acerca del carácter legislativo de las decisiones del Gosplán.
28. XII. 22

He advertido que ciertos camaradas nuestros, capaces de influir decisivamente en la orientación de los asuntos públi-

cos, exageran el aspecto administrativo, el cual, naturalmente, es necesario en su lugar y en su tiempo, pero que no hay que confundir con el aspecto científico, con la amplia comprensión de la realidad, con la capacidad de atraerse a la gente, etc.

En toda institución pública, particularmente en el Gosplán, se necesita la unión de estas dos cualidades, y cuando el camarada Krzhizhanovski me dijo que había incorporado al Gosplán a Piatakov y se había puesto de acuerdo con él acerca del trabajo, yo di mi consentimiento, reservándome, por una parte, ciertas dudas, y confiando a veces, por otra parte, que lograríamos en este caso la combinación de ambos tipos de hombre de Estado. ¿Se ha cumplido esta esperanza? Ahora hay que aguardar y ver algún tiempo más lo que resulta en la práctica, pero en principio yo creo que no puede ponerse en duda que esta unión de caracteres y tipos (de personas, de cualidades) es indudablemente necesaria para el buen funcionamiento de las instituciones públicas. Me parece que en este punto la exageración del "celo administrativo" es tan nociva como toda exageración en general. El dirigente de una institución pública debe poseer en el más alto grado la capacidad de atraerse a la gente y unos conocimientos científicos y técnicos lo bastante sólidos como para controlar su trabajo. Esto es lo fundamental. Sin ello el trabajo no puede ir por buen camino. Por otro lado, es muy importante que sepa administrar y que tenga un digno auxiliar o auxiliares en este terreno. Es dudoso que estas dos cualidades puedan encontrarse unidas en una sola persona, y es dudoso que ello sea necesario.

Lenin

Taquigrafiado por L. F.
28. XII. 22

VI

Continuación de las notas sobre el Gosplán.
29 de diciembre de 1922

Por lo visto, el Gosplán va convirtiéndose en todos los sentidos en una comisión de expertos. A la cabeza de tal institución no puede por menos de figurar una persona de

gran experiencia y de amplios conocimientos científicos en el terreno de la técnica. La capacidad administrativa debe ser en el fondo una cosa secundaria. El Gosplán debe gozar de cierta independencia y autonomía desde el punto de vista del prestigio de esta institución científica, y el motivo de que así sea es uno: la honestidad de su personal y su sincero deseo de hacer que se cumpla nuestro plan de construcción económica y social.

Esta última cualidad, naturalmente, ahora sólo se puede encontrar como excepción, porque la inmensa mayoría de los hombres de ciencia, de los que como es lógico se compone el Gosplán, se hallan inevitablemente contagiados de opiniones y prejuicios burgueses. Controlar su labor en este aspecto debe ser tarea de unas cuantas personas, que pueden formar la dirección del Gosplán, que deben ser comunistas y seguir de día en día, en toda la marcha del trabajo, el grado de fidelidad de los hombres de ciencia burgueses y cómo abandonan los prejuicios burgueses, así como su paso gradual al punto de vista del socialismo. Este doble trabajo, de control científico y de gestión puramente administrativa, debería ser el ideal de los dirigentes del Gosplán en nuestra República.

Lenin

Taquigrafiado por M. V.
29 de diciembre del 22

¿Es racional el dividir en tareas sueltas el trabajo que lleva a cabo el Gosplán? o al contrario, ¿no debe tenderse a formar un círculo de especialistas permanentes a quienes controle sistemáticamente la dirección del Gosplán y que puedan resolver todo el conjunto de problemas que son de incumbencia suya? Yo creo que es más racional lo último, y que se debe procurar la disminución del número de tareas sueltas temporales y urgentes.

Lenin

29 de dic. del 22
Taquigrafiado por M. V.

VII

Continuación de las notas.
29 de dic. de 1922

(PARA EL APARTADO RELATIVO AL AUMENTO DEL NUMERO DE MIEMBROS DEL CC)

Al mismo tiempo que se aumenta el número de los miembros del CC, deberemos, a mi modo de ver, dedicarnos también, y yo diría que principalmente, a la tarea de revisar y mejorar nuestro aparato, que no sirve para nada. Para este objeto debemos valernos de los servicios de especialistas muy calificados, y la tarea de proporcionar estos especialistas debe recaer sobre la IOC (Inspección Obrera y Campesina).

La tarea de combinar a estos especialistas de la revisión con conocimientos suficientes y a estos nuevos miembros del CC, debe ser resuelta en la práctica.

Me parece que la IOC (como resultado de su desarrollo y de nuestras perplejidades acerca de su desarrollo) ha dado en resumen lo que ahora observamos: un estado de transición de un Comisariado del Pueblo especial a una función especial de los miembros del CC; de una institución que lo revisa todo por completo a un conjunto de revisores, escasos en número, pero excelentes, que deben estar bien pagados (esto es particularmente necesario en nuestro tiempo, en que las cosas se pagan, y atendiendo a que los revisores se colocan donde mejor les pagan).

Si el número de miembros del CC es debidamente aumentado y un año tras otro se capacitan en la dirección de los asuntos públicos con la ayuda de estos especialistas altamente calificados y de los miembros de la Inspección Obrera y Campesina, prestigiosos en todos los terrenos, yo creo que daremos acertada solución a este problema que durante tanto tiempo no podíamos resolver.

En resumen: hasta 100 miembros del CC y todo lo más de 400 a 500 auxiliares suyos, miembros de la IOC, que revisen según las indicaciones de los primeros.

Lenin

29 de dic. del 22
Taquigrafiado por M. V.

Continuación de las notas.
30 de diciembre de 1922

ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES O SOBRE LA « AUTONOMIZACION »

Me parece que he incurrido en una grave culpa ante los obreros de Rusia por no haber intervenido con la suficiente energía y dureza en el decantado problema de la autonomización[4], que oficialmente se denomina, creo, problema de la unión de las repúblicas socialistas soviéticas.

Este verano, cuando el problema surgió, yo me encontraba enfermo, y luego, en el otoño, confié demasiado en mi restablecimiento y en que los plenos de octubre y diciembre[5] me brindarían la oportunidad de intervenir en el problema. Pero no pude asistir ni al Pleno de octubre (dedicado a este problema) ni al de diciembre, por lo que no he llegado a tocarlo casi en absoluto.

He podido sólo conversar con el camarada Dzerzhinski, que ha vuelto del Cáucaso y me ha contado cómo se halla este problema en Georgia. También he podido cambiar un par de palabras con el camarada Zinóviev y expresarle mis temores sobre el particular. Lo que me ha dicho el camarada Dzerzhinski, que presidía la comisión enviada por el Comité Central para "investigar" lo relativo al incidente de Georgia, no ha podido dejarme más que con los temores más grandes. Si las cosas se pusieron de tal modo que Ordzhonikidze pudo llegar al empleo de la violencia física, según me ha manifestado el camarada Dzerzhinski, podemos imaginarnos en qué charca hemos caído. Al parecer, toda esta empresa de la "autonomización" era falsa e intempestiva en absoluto.

Se dice que era necesaria la unidad del aparato. ¿De dónde han partido estas afirmaciones? ¿No será de ese mismo aparato ruso que, como indicaba ya en uno de los anteriores números de mi diario, hemos tomado del zarismo, habiéndonos limitado a ungirlo ligeramente con el óleo soviético?

Es indudable que se debería demorar la aplicación de esta medida hasta que pudiéramos decir que respondemos de

nuestro aparato como de algo propio. Pero ahora, en conciencia, debemos decir lo contrario, que nosotros llamamos nuestro a un aparato que en realidad nos es aún ajeno por completo y constituye una mezcla burguesa y zarista que no ha habido posibilidad alguna de superar en cinco años, sin ayuda de otros países y en unos momentos en que predominaban las "ocupaciones" militares y la lucha contra el hambre.

En estas condiciones es muy natural que la "libertad de separarse de la unión", con la que nosotros nos justificamos, sea un papel mojado incapaz de defender a los no rusos de la invasión del ruso genuino, chovinista, en el fondo un hombre miserable y dado a la violencia como es el típico burócrata ruso. No cabe duda que el insignificante porcentaje de obreros soviéticos y sovietizados se hundiría en este mar de inmundicia chovinista rusa como la mosca en la leche.

En defensa de esta medida se dice que han sido segregados los Comisariados del Pueblo que se relacionan directamente con la psicología de las nacionalidades, con la instrucción en las nacionalidades. Pero a este respecto nos surge una pregunta, la de si es posible segregar estos Comisariados por completo, y una segunda pregunta, la de si hemos tomado medidas con la suficiente solicitud para proteger de veras a los no rusos del esbirro genuinamente ruso. Yo creo que no las hemos tomado, aunque pudimos y debimos hacerlo.

Yo creo que en este asunto han ejercido una influencia fatal las prisas y los afanes administrativos de Stalin, así como su saña contra el decantado "social-nacionalismo". De ordinario, la saña siempre ejerce en política el peor papel.

Temo igualmente que el camarada Dzerzhinski, que ha ido al Cáucaso a investigar el asunto de los "delitos" de esos "social-nacionales", se haya distinguido en este caso también sólo por sus tendencias puramente rusas (se sabe que los no rusos rusificados siempre exageran en cuanto a sus tendencias puramente rusas), y que la imparcialidad de toda su comisión la caracterice suficientemente el "guantazo" de Ordzhonikidze. Creo que ninguna provocación, incluso ninguna ofensa puede justificar este guantazo ruso, y que el camarada Dzerzhinski es irremediablemente culpable de haber reaccionado ante ello con ligereza.

Ordzhonikidze era una autoridad para todos los demás ciudadanos del Cáucaso. Ordzhonikidze no tenía derecho a dejarse llevar por la irritación a la que él y Dzerzhinski se remiten. Al contrario, Ordzhonikidze estaba obligado a comportarse con un comedimiento que no se puede pedir a ningún ciudadano ordinario, tanto más si éste es acusado de un delito "político". Y la realidad es que los social-nacionales eran ciudadanos acusados de un delito político, y todo el ambiente en que se produjo esta acusación sólo así podía calificarlo.

A este respecto se plantea ya un importante problema de principio: cómo comprender el internacionalismo*.

Lenin

30.XII.22
Taquigrafiado por M. V.

Continuación de las notas.
31 de diciembre de 1922

ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES O SOBRE LA "AUTONOMIZACION"

(Continuación)

En mis obras acerca del problema nacional he escrito ya que el planteamiento abstracto del problema del nacionalismo en general no sirve para nada. Es necesario distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el nacionalismo de la nación oprimida, entre el nacionalismo de la nación grande y el nacionalismo de la nación pequeña.

Con relación al segundo nacionalismo, nosotros, los integrantes de una nación grande, casi siempre somos culpables en el terreno práctico histórico de infinitos actos de violencia; e incluso más todavía: sin darnos cuenta, cometemos in-

* Más adelante, en las notas taquigráficas está tachado el siguiente texto: "Creo que nuestros camaradas no comprendieron suficientemente esta importante cuestión de principios". *(N. de la Edit.)*

finito número de actos de violencia y ofensas. No tengo más que evocar mis recuerdos de cómo en las regiones del Volga tratan despectivamente a los no rusos, de cómo la única manera de llamar a los polacos es "poliáchishka", de que para burlarse de los tártaros siempre los llaman "príncipes", al ucraniano lo llaman "jojol", y al georgiano y a los demás naturales del Cáucaso los llaman "hombres del Cápcaso".

Por eso, el internacionalismo por parte de la nación opresora, o de la llamada nación "grande" (aunque sólo sea grande por sus violencias, sólo sea grande como lo es un esbirro) no debe reducirse a observar la igualdad formal de las naciones, sino también a observar una desigualdad que de parte de la nación opresora, de la nación grande, compense la desigualdad que prácticamente se produce en la vida. Quien no haya comprendido esto, no ha comprendido la posición verdaderamente proletaria frente al problema nacional; en el fondo sigue manteniendo el punto de vista pequeñoburgués, y por ello no puede por menos de deslizarse a cada instante al punto de vista burgués.

¿Qué es importante para el proletario? Para el proletario es no sólo importante, sino una necesidad esencial, gozar, en la lucha proletaria de clase, del máximo de confianza por parte de los componentes de otras nacionalidades. ¿Qué hace falta para eso? Para eso hace falta algo más que la igualdad formal. Para eso hace falta compensar de una manera o de otra, con su trato o con sus concesiones a las otras nacionalidades, la desconfianza, el recelo, las ofensas que en el pasado histórico les produjo el gobierno de la nación dominante.

Creo que no hacen falta más explicaciones ni entrar en más detalles tratándose de bolcheviques, de comunistas. Y creo que en este caso, con relación a la nación georgiana, tenemos un ejemplo típico de cómo la actitud verdaderamente proletaria exige de nuestra parte extremada cautela, delicadeza y transigencia. El georgiano que desdeña este aspecto del problema, que lanza desdeñosamente acusaciones de "social-nacionalismo" (cuando él mismo es no sólo un "social-nacional" auténtico y verdadero, sino un basto esbirro ruso), ese georgiano lastima, en esencia, los intereses de la solidaridad proletaria de clase, porque nada retarda tanto el desarrollo y la consolidación de esta solidaridad como la injusticia en el terreno nacional, y para nada son tan sensibles los "ofendidos" componentes de una

nacionalidad como para el sentimiento de la igualdad y el menoscabo de esa igualdad por sus camaradas proletarios, aunque lo hagan por negligencia, aunque la cosa parezca una broma. Por eso, en este caso, es preferible exagerar en cuanto a las concesiones y a la suavidad para con las minorías nacionales, que pecar por defecto. Por eso, en este caso, el interés vital de la solidaridad proletaria, y por consiguiente de la lucha proletaria de clase, requiere que jamás miremos formalmente el problema nacional, sino que siempre tomemos en consideración la diferencia obligatoria en la actitud del proletario de la nación oprimida (o pequeña) hacia la nación opresora (o grande).

Lenin

Taquigrafiado por M. V.
31. XII. 22

Continuación de las notas.
31 de diciembre de 1922

¿Qué medidas prácticas se deben tomar en esta situación?

Primera, hay que mantener y fortalecer la unión de las repúblicas socialistas; sobre esto no puede haber duda. Lo necesitamos nosotros lo mismo que lo necesita el proletariado comunista mundial para luchar contra la burguesía mundial y para defenderse de sus intrigas.

Segunda, hay que mantener la unión de las repúblicas socialistas en cuanto al aparato diplomático, que, dicho sea de paso, es una excepción en el conjunto de nuestro aparato estatal. No hemos dejado entrar en él ni a una sola persona de cierta influencia procedente del viejo aparato zarista. Todo él, considerando los cargos de alguna importancia, se compone de comunistas. Por eso, este aparato se ha ganado ya (podemos decirlo rotundamente) el título de aparato comunista probado, limpio, en grado incomparablemente mayor, de los elementos del viejo aparato zarista, burgués y pequeñoburgués, a que nos vemos obligados a recurrir en los otros Comisariados del Pueblo.

Tercera, hay que castigar ejemplarmente al camarada Ordzhonikidze (digo esto con gran sentimiento, porque so-

mos amigos y trabajé con él en el extranjero, en la emigración), y también terminar de revisar o revisar nuevamente todos los materiales de la comisión de Dzerzhinski, con objeto de corregir el cúmulo de errores y de juicios parciales que indudablemente hay allí. La responsabilidad política de toda esta campaña de verdadero nacionalismo ruso debe hacerse recaer, claro, sobre Stalin y Dzerzhinski.

Cuarta, hay que implantar las normas más severas acerca del empleo del idioma nacional en las repúblicas de otras nacionalidades que forman parte de nuestra Unión, y comprobar su cumplimiento con particular celo. No hay duda que, con el pretexto de unidad del servicio ferroviario, con el pretexto de unidad fiscal, etc., tal como ahora es nuestro aparato, se deslizará un sinnúmero de abusos de carácter ruso puro. Para combatir esos abusos se necesita un especial espíritu de inventiva, sin hablar ya de la particular sinceridad de quienes se encarguen de hacerlo. Hará falta un código detallado, que sólo tendrá alguna perfección en caso de que lo redacten personas de la nacionalidad en cuestión y que vivan en su república. A este respecto, de ninguna manera debemos afirmarnos de antemano en la idea de que, como resultado de todo este trabajo, no haya que volver atrás en el siguiente Congreso de los Soviets, es decir, de que no haya que mantener la unión de las repúblicas socialistas soviéticas sólo en sentido militar y diplomático, y en todos los demás aspectos restablecer la autonomía completa de los distintos Comisariados del Pueblo.

Debe tenerse presente que el fraccionamiento de los Comisariados del Pueblo y la falta de concordancia de su labor con respecto a Moscú y los otros centros, pueden ser paralizados suficientemente por la autoridad del Partido, si ésta se emplea con la necesaria discreción e imparcialidad; el daño que pueda sufrir nuestro Estado por la falta de aparatos nacionales unificados con el aparato ruso es incalculablemente, infinitamente menor que el daño que representaría no sólo para nosotros, sino para todo el movimiento internacional, para los cientos de millones de seres de Asia, que debe avanzar al primer plano de la historia en un próximo futuro, después de nosotros. Sería un oportunismo imperdonable si en vísperas de esta acción del Oriente, y al principio de su despertar, quebrantásemos nuestro prestigio en él aunque sólo fuese con la más pequeña aspereza e injusticia con respecto

a nuestras propias nacionalidades no rusas. Una cosa es la necesidad de agruparse contra los imperialistas de Occidente, que defienden el mundo capitalista. En este caso no puede haber dudas, y huelga decir que apruebo incondicionalmente estas medidas. Otra cosa es cuando nosotros mismos caemos, aunque sea en pequeñeces, en actitudes imperialistas hacia nacionalidades oprimidas, quebrantando con ello por completo toda nuestra sinceridad de principios, toda la defensa que, con arreglo a los principios, hacemos de la lucha contra el imperialismo. Y el mañana de la historia universal será el día en que se despierten definitivamente los pueblos oprimidos por el imperialismo, que ya han abierto los ojos, y en que empiece la larga y dura batalla final por su emancipación.

Lenin

31. XII. 22
Taquigrafiado por M. V.

Dictado de diciembre de 1922 a enero de 1923.
Publicado en 1956 en el núm. 9 de la revista *Kommunist* y en un folleto.

T. 36, págs. 541-559.

PAGINAS DEL DIARIO

El trabajo que ha aparecido en estos días sobre la instrucción pública en Rusia, según los datos del censo de 1920 (*La Instrucción en Rusia*, Moscú, 1922, Dirección General de Estadística, Sección de estadísticas de instrucción pública), constituye un acontecimiento de gran importancia.

A continuación doy el cuadro estadístico sobre la instrucción pública en Rusia en los años 1897 y 1920, que se incluye en dicho trabajo:

	Por cada 1.000 hombres: instruidos		Por cada 1.000 mujeres: instruidas		Por cada 1.000 habitantes: instruidos	
	Años		Años		Años	
	1897	1920	1897	1920	1897	1920
1. Rusia Europea	326	422	136	255	229	330
2. Cáucaso Septentrional . .	241	357	56	215	150	281
3. Siberia (Occidental) . . .	170	307	46	134	108	218
Total	318	409	131	244	223	319

Mientras nosotros charlamos sobre la cultura proletaria y sobre su correlación con la cultura burguesa, los hechos nos brindan cifras que testimonian que incluso en relación con la cultura burguesa nuestra situación deja mucho que desear. Resulta, como era de esperar, que estamos muy retrasados en el terreno de la instrucción general, e incluso nuestro progreso, en comparación con la época zarista (1897), es demasiado lento. Esto representa una seria advertencia y

un reproche dirigidos a quienes se perdían y se pierden en el empíreo de la "cultura proletaria". Esto demuestra cuánto trabajo perseverante, de peón, nos queda aún por realizar para alcanzar el nivel de un país civilizado ordinario de Europa Occidental. Esto demuestra, además qué enorme trabajo tenemos que realizar para conseguir, a base de nuestras conquistas proletarias, cierto nivel cultural.

Es necesario que no nos limitemos a esta tesis indiscutible, pero demasiado teórica. Es necesario que durante la próxima revisión de nuestro presupuesto trimestral nos entreguemos de lleno y de una manera práctica a la tarea. Desde luego que en primer término hay que reducir los gastos no del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, sino de los otros departamentos, con el fin de que las sumas liberadas puedan ser invertidas en las necesidades de este Comisariado. No hay que regatear en aumentar la ración de pan a los maestros, en un año como el presente, en que estamos relativamente bien abastecidos.

En términos generales, el trabajo que se está realizando ahora en el terreno de la instrucción pública no puede calificarse de muy limitado. Se hace bastante para terminar con el estancamiento de viejo magisterio, para atraerlo a las nuevas tareas, para interesarlo en la nueva manera de plantear las cuestiones pedagógicas, para despertar su interés por problemas tales como el problema religioso.

Pero no hacemos lo principal. No nos preocupamos, o nos preocupamos de un modo harto insuficiente, de colocar al maestro nacional a la debida altura, sin la cual ni hablar se puede de cultura alguna: ni proletaria, ni siquiera burguesa. Hay que abordar la cuestión de la incultura semiasiática, de la que no hemos logrado salir hasta ahora y de la que no lograremos salir sin realizar un esfuerzo serio, a pesar de que poseamos todas las posibilidades para ello, pues en ninguna parte las masas populares están tan interesadas por la verdadera cultura como entre nosotros; en ninguna parte los problemas de esta cultura se plantean de un modo tan profundo y consecuente como entre nosotros; en ninguna parte, ni en un solo país, el poder se encuentra en manos de la clase obrera, la que en su gran mayoría comprende perfectamente las deficiencias de su, no diré cultura, sino de su instrucción; en ninguna parte como entre nosotros, la clase obrera está tan dispuesta a hacer tantos sacrificios y los

hace para el mejoramiento de su situación en este aspecto.

Hacemos todavía muy poco, poquísimo, para reformar todo el presupuesto del Estado en el sentido de, en primer término, satisfacer las necesidades de la instrucción elemental del pueblo. Incluso en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública podemos encontrar frecuentemente un enorme exceso de personal en una Editorial cualquiera del Estado, sin tener absolutamente en cuenta que la solicitud principal del Estado debe manifestarse no por la Editorial, sino por que haya lectores, por que haya el mayor número de personas que sepan leer, por que tomen mayor amplitud política las ediciones en la futura Rusia. Todavía, por una antigua (y mala) costumbre, dedicamos mucho más tiempo y energías a las cuestiones técnicas, por ejemplo, a la actividad editorial, que al problema político general sobre la instrucción pública.

Si tomamos la Dirección General de Enseñanza Profesional, estamos seguros de que también podríamos encontrar en él mucho, pero mucho, de superfluo, de excesivo, estimulado por los intereses departamentales, inadecuado a las necesidades de una amplia instrucción pública. En la Dirección General de Enseñanza Profesional se está muy lejos de poder justificar, lo que se hace con el ligítimo deseo de elevar primero y dar una orientación práctica después a la instrucción de nuestra juventud que trabaja en las fábricas. Si nos fijamos detenidamente en la plantilla del Departamento de Enseñanza Profesional encontraremos mucho, muchísimo de excesivo y ficticio desde este punto de vista y que debe ser suprimido. En un Estado proletario-campesino se puede y se debe economizar todavía mucho con objeto de impulsar la instrucción del pueblo, a costa de la supresión de toda clase de recreos de tipo semiseñorial, o las instituciones sin las cuales podemos pasar aún y todavía podremos y deberemos pasarnos largo tiempo, teniendo en cuenta el estado de la instrucción pública, del cual habla la estadística.

El maestro nacional debe ser colocado en nuestro país a una altura en la que jamás se ha encontrado, se encuentra ni se puede encontrar en la sociedad burguesa. Esto es una verdad que no necesita demostración. Hacia un estado de cosas así debemos encaminarnos con un trabajo sistemático, infatigable y perseverante, con objeto de elevar al maestro

espiritualmente y prepararle en todos los aspectos para su misión verdaderamente honrosa y, lo que es esencial, tres veces esencial, a fin de mejorar sus condiciones materiales.

Hay que reforzar sistemáticamente el trabajo de organización de los maestros nacionales para que, en vez de puntal del régimen burgués, como son hasta hoy en todos los países capitalistas sin excepción, se conviertan en puntal del régimen soviético, con objeto de, a través de ellos, desviar al campesinado de la alianza con la burguesía y atraerlos a la alianza con el proletariado.

Señalaré brevemente el papel especial que deben desempeñar en este sentido los viajes sistemáticos al campo, que, por otra parte, ya se practican entre nosotros y que deben incrementarse regularmente. En medidas tales como estos viajes no duele gastar dinero, que se derrocha frecuentemente en un aparato estatal que pertenece casi por completo a una vieja época histórica.

Para mi discurso ante el Congreso de los Soviets, en diciembre de 1922 –discurso que no llegué a pronunciar–, sobre el patronazgo dispensado por los obreros urbanos a los habitantes del campo, estaba reuniendo materiales, algunos de los cuales me los proporcionó el camarada Jodorovski, y hoy planteo esta cuestión ante los camaradas para que ellos se encarguen de estudiarla, ya que yo mismo no he podido analizarla y hacerla pública a través del Congreso de los Soviets.

La cuestión política fundamental que aquí se plantea es la actitud de la ciudad respecto al campo, cuestión de importancia decisiva para toda nuestra revolución. Mientras el Estado burgués orienta sistemáticamente todos sus esfuerzos en el sentido de embrutecer a los obreros urbanos, adaptando a este fin toda la literatura que se edita por cuenta del Estado, por cuenta de los partidos zaristas y burgueses, nosotros podemos y debemos emplear nuestro poder en el sentido de convertir realmente al obrero urbano en el portador de las ideas comunistas al seno del proletariado agrícola.

He dicho "comunistas" y me apresuro a exponer algunas reservas, temiendo que esto dé origen a alguna confusión o sea entendido de un modo demasiado directo. De ninguna manera debe interpretarse esto como si debiéramos llevar inmediatamente al campo las ideas pura y exclusivamente comunistas. Mientras no tengamos en el campo una base

material para el comunismo, hasta entonces, eso resultaría, podemos afirmarlo, perjudicial e incluso funesto para el comunismo.

No. Hay que comenzar por establecer relaciones entre la ciudad y el campo, sin proponerse, desde luego, como objetivo premeditado implantar el comunismo en el campo. Esta finalidad no puede ser alcanzada ahora, sería extemporánea. Proponerse tal objetivo ocasionaría daño en lugar de beneficio.

Nuestra obligación y una de las tareas fundamentales de la clase obrera, que se halla en el poder, es establecer relaciones entre los obreros de la ciudad y los trabajadores del campo, establecer una forma de alianza que pueda ser creada con facilidad entre ellos. Para esto hay que fundar una serie de asociaciones (del Partido, sindicales y particulares) integradas por los obreros de las fábricas y de las empresas, las cuales se planteen como finalidad sistemática la ayuda al campo en su desarrollo cultural.

¿Lograremos "adscribir" todas las células urbanas a todas las del campo, con el fin de que cada célula de obreros "adscrita" a la célula correspondiente del campo se preocupe sistemáticamente, en cada momento y en cada caso, de satisfacer tal o cual demanda cultural de la célula patrocinada? ¿O, tal vez, se encontrarán otras formas de relación? Aquí, en este punto, me limito a plantear la cuestión para llamar a ella la atención de los camaradas e indicarles la experiencia que se tiene en la Siberia Occidental (sobre esta experiencia me ha puesto al corriente el camarada Jodorovski) y con el fin de destacar en toda su magnitud este gigantesco problema cultural de importancia histórico-mundial.

No hacemos casi nada para el campo, aparte de lo que dispone nuestro presupuesto oficial o aparte de nuestras relaciones oficiales. Es cierto que las relaciones culturales entre la ciudad y el campo adquieren en nuestro país de por sí, inevitablemente, un carácter distinto. Bajo el capitalismo la ciudad daba al campo aquello que le degradaba política, económica, moral y físicamente, etc. La ciudad ahora, por sí misma, comienza a dar al campo algo totalmente distinto. Pero todo ello se hace precisamente por sí solo, espontáneamente, mientras que todo eso puede ser aumentado (y también multiplicado luego cientos de veces) aportando a esta labor conciencia, regularidad y sistema.

Sólo comenzaremos a avanzar (pero entonces comenzaremos, sin ninguna duda, a avanzar cien veces más rápidamente) cuando sometamos a estudio esta cuestión y empecemos a fundar toda clase de asociaciones obreras –evitando por todos los medios su burocratización– con el fin de plantearla, discutirla y llevarla a la práctica.

2 de enero de 1923.

Pravda, núm. 2, del 4 de enero de 1923. T. 33, págs. 422-426.
Firmado: N. Lenin.

SOBRE LA COOPERACION

I

Me parece que no prestamos atención suficiente a la cooperación. Es poco probable que todos comprendan que ahora, a partir de la Revolución de Octubre e independientemente de la Nep (por el contrario, en este sentido habría que decir: precisamente gracias a la Nep), la cooperación adquiere en nuestro país una importancia verdaderamente extraordinaria. En los sueños de los viejos cooperadores hay mucha fantasía. A menudo resultan cómicos por lo fantásticos. Pero ¿en qué consiste su carácter fantástico? En que la gente no comprende la importancia fundamental, esencial, de la lucha política de la clase obrera por derrocar el dominio de los explotadores. Ahora es ya un hecho ese derrocamiento, y mucho de lo que parecía fantástico, incluso romántico y hasta trivial en los sueños de los viejos cooperadores, se convierte en una realidad sin artificios.

En efecto, siendo la clase obrera dueña del poder del Estado y perteneciendo a este poder estatal todos los medios de producción, en realidad sólo nos queda la tarea de organizar a la población en cooperativas. Consiguiendo la máxima organización de los trabajadores en cooperativas, llega por sí mismo a su objetivo aquel socialismo que antes despertaba burlas justificadas, sonrisas y una actitud de desprecio por parte de quienes estaban convencidos, y con razón, de la necesidad de la lucha de clases, de la lucha por el poder político, etc. Ahora bien, no todos los camaradas se dan cuenta de la importancia gigantesca e inconmensurable que adquiere ahora para nosotros la organización cooperativa en Rusia. Con la Nep hicimos una concesión al campesino en su calidad de comerciante, una concesión al principio del comercio privado; precisamente de ello emana (al contrario de lo que algunos creen) la gigantesca importancia de la cooperación.

En el fondo, todo lo que necesitamos es organizar en cooperativas a la población rusa en un grado suficientemente amplio y profundo, durante la dominación de la Nep, pues ahora hemos encontrado el grado de conjugación de los intereses privados, de los intereses comerciales privados, los métodos de su comprobación y control por el Estado, el grado de su subordinación a los intereses generales, lo que antes constituyó el escollo para muchos socialistas. En efecto, todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de pequeños y muy pequeños campesinos; asegurar la dirección de los campesinos por el proletariado, etc., ¿acaso no es esto todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa partiendo de la cooperación, y nada más que de la cooperación, a la que antes motejábamos de mercantilista y que ahora, bajo la Nep, merece también, en cierto modo, el mismo trato; acaso no es esto todo lo imprescindible para edificar la sociedad socialista completa? Eso no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí todo lo imprescindible y lo suficiente para esta edificación.

Pues bien, esta circunstancia es desestimada por muchos de nuestros militantes dedicados al trabajo práctico. Entre nosotros se siente menosprecio por la cooperación, sin comprender la excepcional importancia que tiene, en primer lugar, desde el punto de vista de los principios (la propiedad sobre los medios de producción en manos del Estado); en segundo lugar, desde el punto de vista del paso a un nuevo orden de cosas por el camino más *sencillo, fácil y accesible para el campesino.*

Y en esto, una vez más, reside lo esencial. Una cosa es fantasear sobre toda clase de asociaciones obreras para la construcción del socialismo y otra es aprender en la práctica a construir ese socialismo de modo que *cada* pequeño campesino pueda colaborar en esa construcción. A ese peldaño hemos llegado ahora. Y es indudable que, una vez alcanzado, lo hemos aprovechado muy poco.

Al pasar a la Nep nos hemos excedido, no en el sentido de haber dedicado demasiado lugar al principio de la industria y del comercio libres, sino nos hemos excedido, al pasar a la Nep, en el sentido de que nos hemos olvidado de la cooperación, no la estimamos ahora lo suficiente y hemos

comenzado ya a olvidar su gigantesca importancia en los dos aspectos de su significación arriba indicados.

Me propongo ahora conversar con el lector sobre lo que puede y debe hacerse prácticamente por el momento, partiendo de ese principio "cooperativo". ¿Con qué recursos se puede y se debe comenzar a desarrollar hoy ese principio "cooperativo" de tal modo que para todos y cada uno sea evidente su significado socialista?

Es necesario organizar políticamente la cooperación de suerte que no sólo disfrute en todos los casos de ciertas ventajas, sino que éstas sean de índole puramente material (el tipo de interés bancario, etc.). Es necesario conceder a la cooperación créditos del Estado que superen aunque sea un poco a los concedidos a las empresas privadas, elevándolos incluso hasta el nivel de los créditos destinados a la industria pesada, etc.

Todo régimen social surge exclusivamente con el apoyo financiero de una clase determinada. Huelga recordar los centenares y centenares de millones de rublos que costó el nacimiento del "libre" capitalismo. Ahora debemos comprender, para obrar en consecuencia, que el régimen social al que en el presente debemos prestar un apoyo extraordinario es el régimen cooperativo. Pero hay que apoyarlo en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no basta con entender por tal apoyo la ayuda prestada a cualquier intercambio cooperativo, sino que por tal apoyo hay que entender el prestado a un intercambio cooperativo en el que *participen efectivamente verdaderas masas de la población.* Concederle una prima al campesino que participe en el intercambio cooperativo es, sin duda, una forma acertada, pero, al mismo tiempo, hace falta comprobar esa participación hasta qué grado es consciente y valiosa; en esto radica la clave de la cuestión. Cuando un cooperador llega a una aldea y organiza allí una tienda cooperativa, la población, hablando estrictamente, no participa en ello para nada, pero, al mismo tiempo y guiada por su propio interés, se apresurará a intentar participar en ello.

Esta cuestión tiene también otro aspecto. Nos queda muy poco por hacer, desde el punto de vista de un europeo "civilizado" (ante todo, que sepa leer y escribir), para que la población entera participe, y no de una manera pasiva, sino activa, en las operaciones de las cooperativas. Propiamente

hablando nos queda "*sólo*" una cosa: elevar a nuestra población a tal grado de "civilización", que comprenda todas las ventajas de la participación de todos en las cooperativas, y que organice esta participación. "*Sólo*" eso. No necesitamos ahora ninguna otra clase de sabiduría para pasar al socialismo. Mas para realizar ese "sólo", es necesaria toda una revolución, toda una etapa de desarrollo cultural de la masa del pueblo. Por lo mismo, nuestra norma debe ser: la menor cantidad posible de elucubraciones y la menor cantidad de artificios. En este sentido la Nep representa ya un progreso, pues se adapta al nivel del campesino más corriente y no le exige nada superior. Mas para lograr, por medio de la Nep, que tome parte en las cooperativas el conjunto de la población, se necesita toda una época histórica. Esta época podemos recorrerla, en el mejor de los casos, en uno o dos decenios. Pero será una época histórica especial, y sin pasar por esta época histórica, sin lograr que todos sepan leer y escribir, sin un grado suficiente de comprensión, sin acostumbrar en grado suficiente a la población a la lectura de libros y sin una base material para ello, sin ciertas garantías, digamos, contra las malas cosechas, contra el hambre, etc., sin eso no podemos alcanzar nuestro objetivo. Toda la cuestión reside ahora en saber combinar ese impulso revolucionario, ese entusiasmo revolucionario, que ya hemos revelado con suficiente amplitud y lo hemos coronado con el éxito completo, en saber combinarlo con la capacidad de ser (aquí estoy casi dispuesto a decirlo) un mercader inteligente e instruido, lo que basta en absoluto para ser un buen cooperador. Por capacidad para ser un mercader, entiendo el saber ser un mercader culto. Que lo recuerden bien los rusos o simplemente los campesinos, quienes creen que puesto que comercian, ya saben ser comerciantes. Esto es completamente equivocado. Comercian, pero de eso a saber ser un comerciante culto hay mucha distancia. Ahora comercian al estilo asiático, mientras que para saber ser comerciante se debe comerciar al estilo europeo. Y de esto los separa toda una epoca.

Termino: hay que conceder una serie de privilegios económicos, financieros y bancarios a la cooperación; en esto debe consistir el apoyo prestado por nuestro Estado socialista al nuevo principio de organización de la población. Pero con ello el problema sólo está planteado en líneas ge-

nerales, puesto que aún queda indeterminado y sin puntualizar el aspecto práctico del problema: es decir, hay que saber encontrar la forma de las "primas" (y las condiciones para su entrega) que concederemos por el trabajo realizado en pro de la cooperación, la forma de las "primas" que nos permita prestar una ayuda suficiente a las cooperativas, la forma de las "primas" que nos permita preparar cooperadores cultos. Ahora bien, cuando los medios de producción pertenecen a la sociedad, cuando es un hecho el triunfo de clase del proletariado sobre la burguesía, el régimen de los cooperadores cultos es el régimen socialista.

4 de enero de 1923.

II

Siempre que he escrito algo acerca de la nueva política económica, he citado mi artículo de 1918 sobre el capitalismo de Estado[6]. Esto, en más de una ocasión, despertó dudas entre algunos camaradas jóvenes. Pero sus dudas giraban sobre todo en torno a cuestiones políticas abstractas.

Creían que no se debía calificar de capitalismo de Estado a un régimen en el que los medios de producción pertenecen a la clase obrera y en el que ésta es dueña del poder estatal. Sin embargo, no se daban cuenta de que yo utilizaba el calificativo de "capitalismo de Estado", *en primer lugar*, para establecer el enlace histórico de nuestra posición actual con la posición ocupada en mi polémica dirigida contra los llamados comunistas de izquierda; y también demostré ya entonces que el capitalismo de Estado sería superior a nuestra economía de hoy; lo importante para mí era establecer la continuidad entre el habitual capitalismo de Estado y aquel extraordinario, incluso excesivamente extraordinario capitalismo de Estado, al que me referí al introducir al lector en la nueva política económica. *En segundo lugar*, para mí siempre fue de gran importancia el objetivo práctico. Y el objetivo práctico de nuestra nueva política económica consistía en la obtención de concesiones; concesiones que, sin duda alguna, en nuestras condiciones, serían ya un tipo puro de capitalismo de Estado. He aquí en qué aspecto trataba yo la cuestión del capitalismo de Estado.

Pero existe además otro aspecto de la cuestión, por el cual podríamos necesitar el capitalismo de Estado o, por lo menos, trazar un paralelo con éste. Se trata de la cooperación.

Es indudable que la cooperación, en las condiciones del Estado capitalista, representa una institución capitalista colectiva. Tampoco hay duda de que en las condiciones de nuestra actual realidad económica, cuando unimos las empresas

capitalistas privadas –pero no de otro modo que sobre la base de la tierra socializada y bajo el control del poder del Estado, perteneciente a la clase obrera– con las empresas de tipo consecuentemente socialista (cuando tanto los medios de producción como el suelo en que se halla enclavada la empresa y toda ella en su conjunto pertenecen al Estado), surge la cuestión de un tercer tipo de empresas, que anteriormente no eran independientes desde el punto de vista de su importancia de principios, a saber: las empresas cooperativas. En el capitalismo privado, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas, como las empresas colectivas se diferencian de las privadas. En el capitalismo de Estado, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas de Estado, en primer lugar, en que son empresas privadas y, en segundo lugar, en que son empresas colectivas. Bajo nuestro régimen actual, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas por ser empresas colectivas, pero no se diferencian de las empresas socialistas, siempre y cuando que se basen en una tierra y empleen unos medios de producción pertenecientes al Estado, es decir, a la clase obrera.

Esta circunstancia no la tomamos suficientemente en cuenta cuando discutimos sobre la cooperación. Se olvida que la cooperación adquiere en nuestro país, debido a la peculiaridad de nuestro régimen político, una importancia verdaderamente excepcional. Si dejamos a un lado las concesiones, que, por cierto, no han alcanzado en nuestro país un desarrollo importante, bajo nuestras condiciones, a cada paso la cooperación coincide plenamente con el socialismo.

Explicaré mi idea: ¿En qué consiste el carácter fantástico de los planes de los viejos cooperativistas, comenzando por Roberto Owen? En que soñaban con la transformación pacífica de la sociedad de entonces mediante el socialismo, sin tener en cuenta cuestiones tan fundamentales como la lucha de clases, la conquista del poder político por la clase obrera, el derrocamiento de la dominación de la clase de los explotadores. Y por eso, tenemos razón al considerar ese socialismo "cooperativo" como una pura fantasía, algo romántico y hasta trivial por sus sueños de transformar, mediante el simple agrupamiento de la población en cooperativas, a los enemigos de clase en colaboradores de clase, y a la guerra de clases en paz de clases (la llamada paz civil).

Indudablemente, desde el punto de vista de nuestro planteamiento de la tarea fundamental en la actualidad, nosotros teníamos razón, ya que sin la lucha de clases por el poder político del Estado el socialismo no puede ser realizado.

Pero fijaos cómo ha cambiado ahora la cuestión, una vez que el poder del Estado se halla en manos de la clase obrera, una vez que el poder político de los explotadores ha sido derrocado y todos los medios de producción (excepto los que el Estado obrero, voluntaria y bajo determinadas condiciones, da por cierto tiempo en concesión a los explotadores) están en manos de la clase obrera.

Ahora tenemos el derecho de afirmar que para nosotros, el simple desarrollo de la cooperación se identifica (salvo la "pequeña" excepción indicada más arriba) con el desarrollo del socialismo, y al mismo tiempo nos vemos obligados a reconocer el cambio radical producido en todo nuestro punto de vista sobre el socialismo. Ese cambio radical consiste en que antes poníamos y debíamos poner el centro de gravedad en la lucha política, en la revolución, en la conquista del poder, etc. Mientras que ahora el centro de gravedad cambia hasta desplazarse hacia la labor pacífica de organización "cultural". Y estoy dispuesto a decir que el centro de gravedad se trasladaría en nuestro país a la obra de cultura, si no fuera por las relaciones internacionales, si no fuera a causa de tener que luchar por nuestras posiciones en escala internacional. Pero si dejamos esa cuestión a un lado y nos limitamos a nuestras relaciones económicas interiores, en realidad el centro de gravedad del trabajo se reduce hoy a la obra cultural.

Ante nosotros se plantean dos tareas principales, que representan toda una época. Una es la tarea de rehacer nuestro aparato, que ahora no sirve para nada en absoluto y que tomamos íntegramente de la época anterior; no hemos conseguido rehacerlo seriamente en cinco años de lucha y no podíamos conseguirlo. La segunda de nuestras tareas consiste en nuestra labor cultural entre los campesinos. Y esta labor cultural entre los campesinos persigue precisamente como objetivo económico la cooperación. Si pudiéramos organizar en las cooperativas a toda la población, ya estaríamos con ambos pies en el suelo socialista. Pero esta condición, la de organizar a toda la población en cooperativas, lleva aparejado en sí tal grado de cultura de los campesinos (precisamente

de los campesinos, como de una inmensa masa), que esa completa cooperación es imposible sin toda una revolución cultural.

Nuestros adversarios nos han dicho más de una vez que emprendemos una obra descabellada al implantar el socialismo en un país de insuficiente cultura. Pero se equivocaron al afirmar que comenzamos no en el orden en que se debía según la teoría (de toda clase de pedantes), y que entre nosotros la revolución política y social precedió a la revolución cultural, a esa revolución cultural ante la cual, a pesar de todo, nos encontramos ahora.

Hoy nos es suficiente esta revolución cultural para llegar a convertirnos en un país completamente socialista, pero esa revolución cultural presenta increíbles dificultades para nosotros, tanto en el aspecto puramente cultural (pues somos analfabetos) como en el aspecto material (pues para ser cultos es necesario un cierto desarrollo de los medios materiales de producción, se precisa cierta base material).

6 de enero de 1923.

Publicado por vez primera los días 26 y 27 de mayo de 1923 en *Pravda*, núms. 115 y 116.
Firmado: N. L e n i n.

T. 33, págs. 427-435.

NUESTRA REVOLUCION

(A PROPOSITO DE LAS NOTAS DE N. SUJANOV)

I

En estos días he hojeado las notas de Sujánov sobre la revolución. Salta a la vista, sobre todo, la pedantería de todos nuestros demócratas pequeñoburgueses, así como de todos los héroes de la II Internacional. No hablando ya de que son extraordinariamente cobardes y de que incluso los mejores de ellos recurren a reservas cuando se trata de la menor desviación del modelo alemán, sin hablar, pues, de esta cualidad de todos los demócratas pequeñoburgueses, suficientemente puesta de manifiesto durante toda la revolución, salta a la vista su imitación servil del pasado.

Todos ellos se dicen marxistas, pero entienden el marxismo de una manera harto pedante. No han comprendido lo decisivo del marxismo: precisamente su dialéctica revolucionaria. Incluso las indicaciones directas de Marx, de que en los momentos de revolución es necesario mostrar la máxima flexibilidad[7], no las han comprendido en absoluto, y ni siquiera se han fijado, por ejemplo, en las indicaciones hechas por Marx en su correspondencia que, si no recuerdo mal, se remonta al año 1856, en la que expresaba su esperanza de que la guerra campesina en Alemania, capaz de crear una situación revolucionaria, se fundiese con el movimiento obrero[8]. Incluso eluden esta indicación directa, dando vueltas alrededor de ella como el gato alrededor de la leche caliente.

En toda su conducta se manifiestan como unos reformistas cobardes que temen alejarse de la burguesía y aún más romper con ella, encubriendo al mismo tiempo su cobardía con la más descarada fraseología y jactancia. Pero, incluso desde el punto de vista puramente teórico, salta a la vista en todos ellos su plena incapacidad de comprender la siguiente consideración del marxismo: han visto hasta ahora un camino determinado del desarrollo del capitalismo y de la democracia burguesa en la Europa Occidental, y no son capaces de imaginarse que este camino no puede ser considera-

do como modelo *mutatis mutandis* sin introducir en él ciertas correcciones (absolutamente insignificantes, desde el punto de vista de la historia universal).

Primero: una revolución ligada con la primera guerra imperialista mundial. En tal revolución debían manifestarse rasgos nuevos o modificados, debido precisamente a la guerra, porque jamás ha habido en el mundo una guerra como ésta y en una situación semejante. Vemos que hasta ahora la burguesía de los países más ricos no ha podido "normalizar" las relaciones burguesas después de esta guerra, mientras que nuestros reformistas, pequeñoburgueses que se las dan de revolucionarios, consideraban y consideran como un límite (insuperable, además) las relaciones burguesas normales, comprendiendo además esta "norma" de una manera harto estereotipada y estrecha.

Segundo: les es completamente ajena toda idea de que, dentro de la regularidad general del desarrollo que se observa en toda la historia universal, no quedan en modo alguno excluidas, sino que, por el contrario, se presuponen etapas determinadas de desarrollo que representan una peculiaridad, ya sea en la forma o ya sea en el orden de este desarrollo. Ni siquiera les pasa por las mentes, por ejemplo, que Rusia, situada en la línea divisoria entre los países civilizados y los que por vez primera son arrastrados definitivamente por esta guerra al camino de la civilización –los países de todo el Oriente, países no europeos–, que Rusia podía y debía, por eso, revelar ciertas peculiaridades, que no se desvían, claro está, de la línea general del desarrollo mundial, pero que hacen que se diferencie su revolución de todas las anteriores revoluciones operadas en los países de Europa Occidental y que introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse a los países orientales.

Por ejemplo, no puede ser más estereotipada la argumentación empleada por ellos y que han aprendido de memoria en la época del desarrollo de la socialdemocracia de Europa Occidental, de que nosotros no hemos madurado para el socialismo, que no existen en nuestro país, como se expresan varios señores "eruditos" que militan en sus filas, las premisas económicas objetivas para el socialismo. Y a ninguno de ellos se les pasa por la imaginación preguntarse: ¿pero no podía un pueblo que se encontró con una situación revolucionaria como la que se formó durante la primera guerra

imperialista, no podía, bajo la influencia de su situación desesperada, lanzarse a una lucha que le brindara, por lo menos, algunas perspectivas de conquistar para sí condiciones no del todo habituales para el ulterior incremento de la civilización?

"Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo". Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, naturalmente, Sujánov, van y vienen con esta tesis como chico con zapatos nuevos. Esta tesis indiscutible la repiten de mil maneras y les parece que es decisiva para valorar nuestra revolución.

Pero ¿qué hacer, si una situación peculiar ha llevado a Rusia, primero, a la guerra imperialista mundial, en la que intervinieron todos los países más o menos importantes de Europa Occidental, y ha colocado su desarrollo al borde de las revoluciones del Oriente, que comienzan y que en parte han comenzado ya, en unas condiciones en las cuales hemos podido llevar a la práctica precisamente esa alianza de la "guerra campesina" con el movimiento obrero, de la que, como una de las probables perspectivas, escribió un "marxista" como Marx en 1856, refiriéndose a Prusia?

Y ¿qué debíamos hacer, si una situación absolutamente sin salida, decuplicando las fuerzas de los obreros y campesinos, abría ante nosotros la posibilidad de pasar de una manera diferente que en todos los demás países del Occidente de Europa a la creación de las premisas fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de eso la línea general del desarrollo de la historia universal? ¿Ha cambiado por eso la correlación esencial de las clases fundamentales en cada país que entró, que haya entrado ya en el curso general de la historia universal?

Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", ya que es diferente en cada uno de los países de Europa Occidental), ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y *luego*, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás pueblos?

16 de enero de 1923.

II

Para implantar el socialismo –decís– hace falta cultura. Perfectamente. Pero, entonces, ¿por qué no habíamos de crear primero en nuestro país premisas culturales como la expulsión de los terratenientes y de los capitalistas rusos y, después, iniciar ya el movimiento hacia el socialismo? ¿En qué libros habéis leído que semejantes variaciones del orden histórico habitual sean inadmisibles o imposibles?

Recuerdo que Napoleón escribió: "*On s'engage et puis... on voit*", lo que traducido libremente quiere decir: "Primero hay que entablar el combate serio y después ya veremos lo que pasa". Pues bien, nosotros, en octubre de 1917, entablamos primero el combate serio y después ya hemos visto los detalles del desarrollo (desde el punto de vista de la historia universal, éstos, indudablemente, son detalles), tales como la paz de Brest, o la nueva política económica, etc. Y hoy no cabe ya duda de que, en lo fundamental, hemos obtenido el triunfo.

Nuestros Sujánov, sin hablar ya de aquellos socialdemócratas que están más a la derecha, incluso no se imaginan que las revoluciones, en general, no pueden hacerse de otra manera. Nuestros pequeñoburgueses europeos no piensan ni por soñación que las ulteriores revoluciones en los países del Oriente, con una población incomparablemente más numerosa y que se diferencian mucho más por la diversidad de las condiciones sociales, les brindarán sin duda más peculiaridades que la revolución rusa.

Ni que decir tiene que el manual escrito siguiendo a Kautsky fue, en su época, cosa muy útil. Pero ya es tiempo de renunciar a la idea de que este manual había previsto

todas las formas del desarrollo de la historia universal. A los que piensan de tal modo es hora ya de llamarles simplemente imbéciles.

17 de enero de 1923.

Publicado por vez primera el 30 de mayo de 1923 en el núm. 117 de *Pravda*.
Firmado: N. Lenin.

T. 33, págs. 436-439.

COMO TENEMOS QUE REORGANIZAR LA INSPECCION OBRERA Y CAMPESINA

(PROPOSICION AL XII CONGRESO DEL PARTIDO)[9]

Está fuera de duda que la Inspección Obrera y Campesina representa para nosotros una enorme dificultad y ésta no ha sido resuelta hasta ahora. Creo que no tienen razón los camaradas que resuelven esta dificultad negando la utilidad o la necesidad de la Inspección Obrera y Campesina. Pero, al mismo tiempo, no niego que el problema de nuestro aparato estatal y de su perfeccionamiento es un problema muy difícil, que dista mucho de estar solucionado y que es, a la par, una cuestión extraordinariamente importante.

Nuestro aparato estatal, excepto el Comisariado de Negocios Extranjeros, en grado máximo representa una supervivencia del viejo aparato, que ha sufrido cambios más o menos serios en el menor grado. Sólo ha sido ligeramente retocado en la superficie, pero en todos los demás aspectos representa lo más típicamente viejo de nuestro viejo aparato estatal. Pues bien, para encontrar el medio de renovarlo verdaderamente es preciso dirigirse, a mi parecer, a la experiencia de nuestra guerra civil.

¿Cómo hemos procedido en los momentos de mayor riesgo en la guerra civil?

Concentramos las mejores fuerzas del Partido en el Ejército Rojo; recurrimos a la movilización de nuestros mejores obreros; nos dirigimos en busca de nuevas fuerzas allí donde se encuentran las más profundas raíces de nuestra dictadura.

En este sentido es en el que, estoy convencido de ello, tenemos que buscar la fuente para reorganizar la Inspección Obrera y Campesina. Yo propongo a nuestro XII Congreso del Partido que adopte el siguiente plan para esta reorganización, plan basado en la ampliación peculiar de nuestra Comisión Central de Control.

El Pleno del CC de nuestro Partido ha revelado ya su tendencia a desarrollarse en una especie de conferencia su-

perior del Partido. El Pleno, por término medio, se reúne no más de una vez cada dos meses, pero el trabajo corriente en nombre del CC, como es sabido, corre a cargo de nuestro Buró Político, de nuestro Buró de Organización, de nuestro Secretariado, etc. Yo creo que debemos terminar este camino, que así hemos emprendido, y transformar definitivamente los plenos del CC en conferencias superiores del Partido, que se reunirán una vez cada dos meses y en las que tomará parte la Comisión Central de Control. Y esta Comisión Central de Control se unirá, en las condiciones que se expresan a continuación, con la parte fundamental de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada.

Yo propongo al Congreso que, entre los obreros y los campesinos, elija de 75 a 100 nuevos miembros para la Comisión Central de Control. Los elegidos deben ser sometidos al mismo examen, desde el punto de vista del Partido, que los miembros ordinarios del CC, ya que deberán gozar de los mismos derechos que éstos.

Por otra parte, la Inspección Obrera y Campesina debe contar en total con 300 ó 400 empleados, particularmente probados en lo que se refiere a honradez y al conocimiento de nuestro aparato estatal, y también deben haber sufrido un examen especial en lo referente al conocimiento de las bases de la organización científica del trabajo en general y, en particular, del trabajo administrativo, de oficina, etc.

A mi entender, esta fusión de la Inspección Obrera y Campesina con la Comisión Central de Control será beneficiosa para ambas instituciones. Por una parte, la Inspección Obrera y Campesina adquirirá de este modo una autoridad tan alta, que, por lo menos, estará a no menor altura que nuestro Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros. Por otra parte, nuestro CC, conjuntamente con la Comisión Central de Control, marchará definitivamente por el camino de la transformación en conferencia superior del Partido, camino por el que, en realidad, marcha ya y por el que debe marchar hasta el final para, en dos sentidos, cumplir acertadamente su misión: en el sentido de la planificación, conveniencia y sistematización de *su* organización y trabajo, y en el sentido de relacionarse con masas realmente amplias a través de nuestros mejores obreros y campesinos.

Preveo una objeción, que puede partir directa o indirectamente de las esferas que hacen que nuestro aparato sea viejo,

es decir, de los partidarios de conservarlo en forma que se asemeja hasta lo imposible, hasta lo indigno, a la de antes de la revolución, y que aún conserva en el presente (dicho sea de paso, ahora hemos tenido ocasión, bastante rara en la historia, de fijar los plazos indispensables para realizar reformas sociales radicales, y vemos ahora claramente *qué* es lo que puede hacerse en cinco años y para qué necesitamos plazos mucho más largos).

Esta objeción consiste en que, según pretenden, de la transformación por mí propuesta no resultará más que un caos. Los miembros de la Comisión Central de Control vagarán por todos los organismos sin saber a dónde ir, para qué y a quién dirigirse, llevando a todas partes la desorganización, distrayendo a los empleados de su trabajo habitual, etc., etc.

Creo que el malintencionado origen de esta objeción es hasta tal punto evidente que ni siquiera exige respuesta. Cae de su peso que tanto el Presídium de la Comisión Central de Control como el Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina y su Consejo (y también, en los casos correspondientes, nuestro Secretariado del CC) necesitarán más de un año de tenaz trabajo para organizar como es debido su Comisariado del Pueblo y su trabajo conjunto con la Comisión Central de Control. El Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, a mi juicio, puede seguir existiendo como tal Comisario (y debe seguir existiendo), así como todo el Consejo, manteniendo bajo su dirección el trabajo de toda la Inspección Obrera y Campesina, incluyendo en esta dirección a todos los miembros de la Comisión Central de Control, los cuales deberán considerarse como "puestos a sus órdenes". Los 300 ó 400 empleados de la Inspección Obrera y Campesina que queden, según mi plan, desempeñarán, por una parte, exclusivamente funciones de secretarios de los otros miembros de la Inspección Obrera y Campesina y de los miembros suplementarios de la Comisión Central de Control, y, por otra parte, deberán poseer una alta capacitación, estar especialmente probados y ser particularmente seguros, recibiendo sueldos elevados que los libren por completo de la actual situación, realmente lamentable (por no decir algo aún peor) de funcionarios de la Inspección Obrera y Campesina.

Estoy seguro de que la reducción del número de empleados hasta la cifra que he indicado mejorará muchísimo tanto la calidad de los funcionarios de la Inspección Obrera y Campesina como la de todos los trabajos, permitiendo, al mismo tiempo, al Comisario del Pueblo y a los miembros del Consejo concentrar toda su atención en la organización del trabajo y en la elevación sistemática y constante de la calidad de éste, elevación que representa una absoluta necesidad para el poder obrero y campesino y para nuestro régimen soviético.

Por otro lado, también pienso que el Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina tendrá que trabajar, en parte, en la fusión, y, en parte, en la coordinación de los institutos superiores para la organización del trabajo, de los que hay en la República no menos de 12 (Instituto Central del Trabajo, Instituto de Organización Científica del Trabajo, etc.). La uniformidad excesiva y la tendencia a la fusión que de esto se desprende serán perjudiciales. Por el contrario, es preciso encontrar un término medio sensato y conveniente entre la fusión de todos estos organismos en uno solo y una acertada delimitación a condición de que cada uno de ellos goce de cierta independencia.

No cabe duda de que con esta transformación ganará nuestro propio CC no menos que la Inspección Obrera y Campesina; ganará en el sentido de su ligazón con las masas, así como en el sentido de la regularidad y la eficacia de su trabajo. Entonces se podrá (y se deberá) implantar un orden más severo y de mayor responsabilidad en la preparación de las sesiones del Buró Político, a las que deberá asistir un determinado número de miembros de la Comisión Central de Control, siendo designados éstos o bien por un cierto período o de acuerdo con un cierto plan de organización.

El Comisario del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina, con el Presídium de la Comisión Central de Control, establecerán una distribución del trabajo entre sus miembros, desde el punto de vista de la obligación de éstos de asistir al Buró Político y de comprobar todos los documentos que, de uno u otro modo, deberán ser sometidos al examen de éste, o bien desde el punto de vista de la obligación de dedicar su jornada de trabajo a la preparación teórica, al estudio de la organización científica del trabajo, o desde el

punto de vista de su obligación de participar prácticamente en el control y perfeccionamiento de nuestro aparato estatal, comenzando por los organismos superiores y terminando por los organismos locales inferiores, etc.

Yo pienso asimismo que, además de la ventaja política de que los miembros del CC y los miembros de la Comisión Central de Control, debido a esta reforma, estarán mucho más enterados, mejor preparados para las sesiones del Buró Político (todos los documentos referentes a las sesiones deben llegar a manos de todos los miembros del CC y de la Comisión Central de Control, a más tardar, 24 horas antes de la reunión del Buró Político, salvo los casos que no admiten dilación alguna, casos que requieren un orden especial para poner las cosas en conocimiento de los miembros del CC y de la Comisión Central de Control y una forma especial para resolverlos), se debe mencionar la de que en nuestro CC disminuirá la influencia de circunstancias puramente personales y casuales, disminuyendo así el peligro de una escisión.

Nuestro CC está constituido como un grupo rigurosamente centralizado y de alta autoridad, pero la labor de este grupo no está encuadrada dentro de condiciones que correspondan a su autoridad. A ello ha de ayudar la reforma que propongo, y los miembros de la Comisión Central de Control, que, en número determinado, deben asistir a cada reunión del Buró Político, tienen que formar un grupo compacto, el cual, "sin reparar en personas", deberá cuidar que ninguna autoridad pueda impedirle interpelar, controlar documentos y, en general, ponerse absolutamente al corriente de todos los asuntos y que éstos sean llevados con la más severa escrupulosidad.

Naturalmente, en nuestra República Soviética, el régimen social se basa en la colaboración de dos clases, los obreros y los campesinos, colaboración en la que ahora se admiten también, bajo ciertas condiciones, los "népmanes", es decir, la burguesía. En el caso de que surgiesen serias divergencias de clase entre ellas, la escisión sería entonces inevitable; pero nuestro régimen social no encierra en sí los motivos necesarios para esta escisión, y la misión principal de nuestro Comité Central y de la Comisión Central de Control, así como de nuestro Partido en su conjunto, consiste en vigilar cuidadosamente las circunstancias por las que puede originarse

una escisión y prevenirlas, porque, en resumidas cuentas, los destinos de nuestra República dependerán del hecho de que la masa campesina marche unida con la clase obrera, conservando la fidelidad a la alianza con ésta, o de que permita a los "népmanes", es decir, a la nueva burguesía, desligarla de los obreros, separarla de ellos. Cuanto mayor sea la claridad con que veamos estos dos desenlaces, cuanto más evidentemente lo comprendan todos nuestros obreros y campesinos, tanto mayores serán las probabilidades de poder evitar la escisión, la cual sería funesta para la República Soviética.

23 de enero de 1923.

Pravda, núm. 16, 25 de enero de 1923. T. 33, págs. 440-444.
Firmado: N. L e n i n.

MAS VALE POCO Y BUENO

Por lo que se refiere al mejoramiento de nuestro aparato estatal, la Inspección Obrera y Campesina, a mi entender, no debe afanarse por la cantidad ni apresurarse. Hemos tenido hasta ahora tan poco tiempo para reflexionar y ocuparnos de la calidad de nuestro aparato estatal, que sería legítimo cuidar de que su preparación fuese especialmente seria, preocuparnos de concentrar en la Inspección Obrera y Campesina un material humano de una calidad realmente moderna, es decir, que no esté atrasado en relación con los mejores modelos de Europa Occidental. Desde luego, ésta es una condición harto modesta para una república socialista. Pero los primeros cinco años nos han llenado la cabeza de no poca desconfianza y escepticismo. Nosotros, involuntariamente, estamos inclinados a dejarnos influir por esta desconfianza y escepticismo frente a los que excesiva y ligeramente hablan sin ton ni son, por ejemplo, de la "cultura proletaria": para empezar nos bastaría una verdadera cultura burguesa, para empezar nos bastaría saber prescindir de los tipos más caracterizados de cultura preburguesa, es decir de una cultura burocrática, feudal, etc. En los problemas de cultura lo más perjudicial es la prisa y el querer abarcarlo todo. Muchos de nuestros jóvenes literatos y comunistas deberían grabar esto en su memoria.

Pues bien, en lo que se refiere al problema del aparato estatal debemos sacar ahora de la experiencia anterior la conclusión de que sería mejor ir más despacio.

Nuestro aparato estatal se encuentra en un estado tan lamentable, por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente en la manera de luchar contra sus deficiencias, recordando que las raíces de éstas se hallan en el pasado, el cual, a pesar de haber sido subvertido, no ha desaparecido por completo, no ha quedado en la fase de una cultura perteneciente a tiempos remotos. Si planteo aquí

la cuestión de la cultura es porque en estas cosas debe considerarse como logrado sólo aquello que ha entrado en la cultura, en la vida diaria, en las costumbres. Y entre nosotros, se puede decir que lo que hay de bueno en la organización social no ha sido meditado a fondo, no ha sido comprendido ni sentido, ha sido tomado al vuelo, no ha sido comprobado, ni ensayado, ni confirmado por la experiencia, ni consolidado, etc. Naturalmente, tampoco podía ser de otro modo en una época revolucionaria y dada la rapidez vertiginosa del desarrollo que en cinco años nos ha llevado del zarismo al régimen soviético.

Es preciso entrar en razón a tiempo. Es preciso penetrarse de salvadora desconfianza con respecto a un movimiento de avance atropellado, con respecto a toda jactancia, etc., es preciso pensar en la comprobación de cada paso de avance que a cada hora proclamamos, que a cada minuto damos y cuya poca firmeza, cuya poca solidez y comprensibilidad demostramos luego a cada segundo. Lo más perjudicial en este caso sería la prisa. Lo más nocivo sería contar con que sabemos algo, aunque sea poco, o pensar que hay entre nosotros un número algo considerable de elementos para la organización de un aparato realmente nuevo, que en verdad merezca el nombre de socialista, de soviético, etc.

No, en nuestro país, tal aparato e incluso el número de elementos que lo forman mueve a risa por lo reducido, y debemos tener presente que para crearlo no hay que escatimar el tiempo y que es preciso emplear muchos, muchos, muchísimos años.

¿Qué elementos poseemos para crear este aparato? Solamente dos: en primer lugar, los obreros, entusiasmados por la lucha en pro del socialismo. Estos elementos no están lo suficientemente instruidos. Querrían darnos un aparato mejor, pero no saben cómo hacerlo. No pueden hacerlo. Hasta ahora no han alcanzado el desarrollo, la cultura indispensable para ello. Y para esto hace falta precisamente cultura. En este sentido no se puede hacer nada de súbito, por asalto, con viveza o energía, o con cualquier otra de las mejores cualidades humanas. En segundo lugar, poseemos unos conocimientos, una educación, una instrucción, que son risibles por lo escasos en comparación con todos los demás Estados.

Y en este sentido no hay que olvidar que estamos aún demasiado inclinados a compensar estos conocimientos (o a

creernos que podemos compensarlos) con el celo, la precipitación, etc.

Para renovar nuestro aparato estatal tenemos que fijarnos a toda costa como tarea: primero, estudiar, segundo, estudiar, tercero, estudiar y después comprobar que la ciencia no quede reducida a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia entre nosotros), que la ciencia se convierta efectivamente en carne y sangre nuestra, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria. En una palabra, no tenemos que plantearnos las exigencias que se plantea la burguesía de Europa Occidental, sino las que son dignas y convenientes para un país que se propone desarrollarse como país socialista.

En conclusión de todo lo expuesto: debemos hacer de la Inspección Obrera y Campesina, instrumento llamado a mejorar nuestro aparato, un organismo realmente modelo.

Para que pueda alcanzar la debida altura, es preciso atenerse a la regla: mide siete veces antes de cortar.

Para ello es preciso que lo que haya de verdaderamente mejor en nuestro régimen social sea aplicado a la creación del nuevo Comisariado del Pueblo con el máximo cuidado, reflexión y conocimiento.

Para ello es preciso que los mejores elementos de nuestro régimen social, a saber: los obreros avanzados, en primer lugar, y, en segundo lugar, los elementos realmente instruidos —por los cuales se puede responder de que ni confiarán en palabras ni dirán una palabra contra su conciencia— no teman confesar cualquier dificultad ni teman lucha alguna para conseguir el fin que se han planteado seriamente.

Hace ya cinco años que estamos atareados con el mejoramiento de nuestro aparato estatal, ajetreando, pero éste es precisamente tan sólo un ajetreo que en cinco años no ha demostrado sino su ineficacia, e incluso su inutilidad y su nocividad. Como todo ajetreo, nos daba la impresión de trabajo, pero, en realidad, entorpecía nuestras instituciones y embrollaba nuestros cerebros.

Es preciso que, por fin, todo esto cambie.

Es preciso tener por norma: más vale poco en cantidad, pero bueno en calidad. Es preciso seguir la regla: más vale

esperar dos o incluso tres años, que apresurarse, sin ninguna esperanza de conseguir un buen material humano.

Yo sé que esta norma será difícil de mantener y de aplicar a nuestra realidad. Sé que la norma contraria tratará de abrirse paso valiéndose de mil subterfugios. Sé que habremos de oponer una gigantesca resistencia y dar pruebas de una perseverancia diabólica, que en este sentido el trabajo será por lo menos durante los primeros años, endemoniadamente ingrato; no obstante, estoy convencido de que sólo por medio de este trabajo lograremos nuestro objetivo y que, únicamente después de haber conseguido este objetivo, crearemos una república realmente digna de ser llamada soviética, socialista, etc., etc., etc.

Probablemente, muchos lectores habrán encontrado demasiado insignificantes las cifras que citaba como ejemplo en mi primer artículo*. Estoy seguro de que se podrían traer a cuenta muchos cálculos para demostrar la insuficiencia de esas cifras. Pero yo creo que por encima de estos cálculos, y de toda clase de cálculos, tenemos que poner una cosa: el interés por una calidad verdaderamente modelo.

Considero que precisamente ahora, ha llegado, por fin, el momento en que debemos ocuparnos de nuestro aparato estatal como es debido, con toda seriedad, el momento en que quizás el rasgo más perjudicial en este trabajo sería el apresuramiento. Por esto, yo prevengo contra el aumento de esas cifras. Por el contrario, a juicio mío, en este caso es preciso ser comedidos en extremo con las cifras. Hablemos con franqueza. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza actualmente ni de la más ligera sombra de prestigio. Todos saben que no hay una institución peor organizada que nuestra Inspección Obrera y Campesina y que en las condiciones actuales no podemos pedir nada a este Comisariado. Es preciso tenerlo esto bien en cuenta, si verdaderamente queremos plantearnos la tarea de forjar al cabo de unos años una institución que, en primer lugar, debe ser modelo; en segundo lugar, debe inspirar a todos absoluta confianza y, en tercer lugar, debe demostrar a todos y a cada uno que realmente está justificada la labor de una institución tan alta como es la Comisión Central de Control. A mi entender, hay que desterrar en el acto e irrevocablemente toda

---

* Véase el presente volumen, págs. 40-45. *(N. de la Edit.)*

clase de normas generales sobre el número de empleados. Tenemos que seleccionar a los empleados de la Inspección Obrera y Campesina de un modo especial y sólo a base de pruebas rigurosísimas. En efecto, ¿qué objeto tendría crear un Comisariado del Pueblo en el cual el trabajo marchase de cualquier manera, sin inspirar la menor confianza una vez más, y en el cual la palabra gozase de una autoridad ínfima? Creo que nuestro principal objetivo, dado el género de reorganización que ahora nos proponemos, consiste en evitar esto.

Los obreros que promovamos como miembros de la Comisión Central de Control deben ser irreprochables como comunistas, y creo que debemos esforzarnos aún largo tiempo para enseñarles los métodos y las finalidades de su trabajo. Además, como auxiliares en este trabajo, deberá haber un número determinado de personal de secretaría, al cual se le exigirá pasar una triple prueba antes de designarlos para cada empleo. Por último, los funcionarios que decidamos colocar inmediatamente a título de excepción como empleados de la Inspección Obrera y Campesina, deben reunir las condiciones siguientes:

primero, deben estar recomendados por varios comunistas;

segundo, deben sufrir un examen sobre el conocimiento de nuestro aparato estatal;

tercero, deben sufrir un examen sobre los conocimientos de los fundamentos teóricos de nuestro aparato estatal, sobre el conocimiento de las cuestiones esenciales de la ciencia administrativa, expedientes, etc.;

cuarto, deben trabajar bien compenetrados con los miembros de la Comisión Central de Control y con su Secretariado de tal manera que podamos responder del funcionamiento de todo este aparato en su conjunto.

Sé que estas exigencias presuponen condiciones sumamente severas y mucho me temo que la mayoría de los "prácticos" de la Inspección Obrera y Campesina las consideren irrealizables o las acojan con una sonrisa de desprecio. Pero yo pregunto a cualquiera de los actuales dirigentes de la Inspección Obrera y Campesina o de las personas que están en contacto con ésta, si me pueden decir en conciencia qué necesidad hay, en la práctica, de un Comisariado del Pueblo como el de la Inspección Obrera y Campesina. Creo que esta pregunta les ayudará a encontrar el sentido de la medida.

O no vale la pena ocuparse de una de esas reorganizaciones de las que ya hemos tenido tantas, de algo tan desquiciado como la Inspección Obrera y Campesina, o es preciso plantearse de verdad la tarea de crear en un proceso lento, difícil y fuera de lo común, no sin recurrir a numerosas comprobaciones, algo realmente ejemplar, capaz de imponer respeto a todos y cada uno, y no sólo porque los títulos y los rangos lo requieran.

Si no nos armamos de paciencia, si no dedicamos a esta obra unos cuantos años, más vale que no la acometamos en absoluto.

A juicio mío, de los establecimientos que en tanto número hemos creado ya –institutos superiores de trabajo, etc.–, hay que elegir el mínimo, comprobar si están bien organizados y permitirles que continúen funcionando sólo si están en realidad a la altura de la ciencia moderna y nos proporcionan todas las conquistas de ésta. Entonces, no será utópico esperar que al cabo de unos años tengamos una institución capaz de cumplir su cometido, esto es: de trabajar sistemática e inflexiblemente, gozando de la confianza de la clase obrera, del Partido Comunista de Rusia y de toda la masa de la población de nuestra República, para mejorar nuestro aparato del Estado.

Desde ahora podrían empezarse ya los trabajos preparatorios con este fin. Si el Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina estuviera de acuerdo con el plan de esta reorganización, podría comenzar en seguida a dar los pasos preliminares para trabajar de un modo sistemático, hasta llevarla a completo término, sin apresurarse y sin renunciar a reformar lo que ya estaba hecho antes.

Toda decisión a medias en relación con esto sería en extremo perjudicial. Toda clase de normas de los empleados de la Inspección Obrera y Campesina que partiesen de cualquier otra consideración estarían, en el fondo, basadas en las antiguas consideraciones burocráticas, en los viejos prejuicios, en todo aquello que ha sido ya condenado, en lo que a todos mueve a risa, etc.

En esencia, el problema se plantea del modo siguiente:

O demostrar ahora que de veras hemos aprendido algo en orden a la construcción del Estado (no estaría mal aprender algo en cinco años), o bien demostrar que no esta-

mos aún maduros para ello: y entonces no vale la pena iniciar la obra.

Yo creo que con el material humano de que disponemos no será falta de modestia suponer que hemos aprendido ya lo suficiente para reconstruir sistemáticamente aunque sólo sea un Comisariado del Pueblo. Es cierto que este Comisariado del Pueblo debe determinar todo nuestro aparato estatal en su conjunto.

Anunciar inmediatamente un concurso para la redacción de dos o más manuales sobre la organización del trabajo en general y especialmente sobre el trabajo administrativo. Se puede tomar como base el libro de Ermanski que ya tenemos, si bien éste, dicho sea entre paréntesis, se distingue por su simpatía manifiesta al menchevismo y no sirve para componer un manual adecuado al Poder soviético. También se puede tomar como base el libro recientemente publicado de Kérzhentsev, y, por último, pueden ser útiles asimismo algunos de los materiales que tenemos sobre distintos temas.

Enviar algunas personas preparadas y concienzudas a Alemania o a Inglaterra para recoger bibliografía y hacer estudios sobre esta cuestión. Y digo a Inglaterra, en caso de que no fuera posible enviarlos a los EE.UU. o al Canadá.

Nombrar una comisión encargada de redactar un programa previo para los exámenes de los aspirantes a empleados de la Inspección Obrera y Campesina, así como para los aspirantes a miembros de la Comisión Central de Control.

Estos trabajos, y otros parecidos, claro está, no deberán entorpecer la labor del Comisario del Pueblo, ni de los miembros del Consejo de la Inspección Obrera y Campesina ni del Presídium de la Comisión Central de Control.

Paralelamente a esto habrá que designar una comisión preparatoria para la elección de los candidatos al cargo de miembros de la Comisión Central de Control. Espero que para este cargo podremos encontrar ahora más que suficientes aspirantes, tanto entre los colaboradores experimentados de todos los departamentos como entre los estudiantes de nuestras escuelas soviéticas. Es muy dudoso que sea justo excluir de antemano tal o cual categoría. Probablemente, será preferible para tal departamento un personal variado, en el cual tenemos que buscar numerosas cualidades reunidas, diferentes méritos unidos; por consiguiente, habrá que dedicarse a componer una lista de aspirantes. Por ejemplo, lo que me-

nos sería de desear es que el nuevo Comisariado del Pueblo se constituyera según un patrón único, supongamos con gente del tipo peculiar en la burocracia, o bien con exclusión de personas del tipo de los agitadores, o excluyendo a personas cuyo rasgo distintivo es la sociabilidad o la facultad de penetrar en círculos no muy habituales para esta clase de colaboradores, etc.

* * *

Creo que expresaré del mejor modo mi pensamiento si comparo mi plan con las instituciones de tipo académico. Los miembros de la Comisión Central de Control, bajo la dirección de su Presídium, deberán trabajar de un modo sistemático en el examen de todos los papeles y documentos del Buró Político. Al mismo tiempo, deberán distribuir con acierto su tiempo entre los diversos trabajos referentes al control de los expedientes en nuestros organismos, comenzando por los más pequeños y terminando con las instituciones superiores del Estado. Por último, entre sus tareas también figurará el estudio de la teoría, es decir, de la teoría de la organización de aquel trabajo al que se proponen dedicarse, así como los ejercicios prácticos bajo la dirección bien de viejos camaradas, bien de profesores de las escuelas superiores de organización del trabajo.

Pero yo creo que no tendrán que limitarse en modo alguno a esta clase de trabajos académicos. A la par de éstos, deberán capacitarse para trabajos que me atrevería a llamar de preparación para la caza, no diré para la caza de granujas, pero sí para algo por el estilo, y de invención de estratagemas destinadas a disimular sus campañas, sus procedimientos, etc.

En las instituciones de Europa Occidental semejantes proposiciones darían lugar a una indignación inaudita, a un sentimiento de escándalo moral, etc., pero yo confío en que nosotros no nos hemos burocratizado hasta ese punto. Entre nosotros la Nep no ha tenido aún tiempo de adquirir una autoridad tal, como para sentirnos agraviados por la idea de que alguien pueda ser cazado. La edificación de nuestra República Soviética es cosa tan reciente y hay una cantidad tan enorme de morralla, que apenas se le ocurrirá a nadie sentirse ofendido ante la idea de que entre este montón de basura se puedan efectuar indagaciones mediante algunos ar-

dides, con ayuda de investigaciones dirigidas a veces hacia fuentes bastante lejanas o por caminos bastante sinuosos; y si a alguien se le pasase esto por la cabeza, puede estar seguro de que todos nosotros nos reiríamos de él con todas nuestras ganas.

Confiamos que nuestra nueva Inspección Obrera y Campesina dejará de lado esa cualidad que los franceses llaman *pruderie* y que nosotros llamaríamos ridícula gazmoñería o petulancia ridícula, que, hasta el último extremo, hace el juego a toda nuestra burocracia, tanto de los Soviets como del Partido. Dicho sea entre paréntesis, en nuestro país suele haber burocracia no sólo en las instituciones de los Soviets, sino también en las del Partido.

Si antes dije que debemos aprender y aprender en las escuelas superiores de organización del trabajo, etc., esto no significa, en modo alguno, que yo comprenda ese "aprendizaje" en una forma escolar o que me limite a la idea de enseñar solamente a lo escolar. Espero que ni un solo verdadero revolucionario vaya a sospechar que yo renuncio a entender por "aprendizaje" alguna jugada medio en broma, alguna astucia, artimaña o algo por el estilo. Yo sé que en un Estado occidental, ceremonioso y serio, esta sola idea provocaría verdadero horror y ningún funcionario respetable consentiría el discutirla. Pero confío en que no estamos aún burocratizados hasta ese punto y que entre nosotros la discusión de esta idea no puede originar más que risas.

Y en efecto, ¿por qué no unir lo útil a lo agradable? ¿Por qué no permitirnos una jugada en broma o medio en broma, para descubrir algo ridículo, algo dañino, algo medio ridículo, medio nocivo, etc.?

Me parece que nuestra Inspección Obrera y Campesina ganará mucho si toma en cuenta estas consideraciones para su examen, y que la lista de los casos por los que nuestra Comisión Central de Control o sus colegas de la Inspección Obrera y Campesina han ganado algunas de sus victorias más brillantes se verá enriquecida en grado considerable con expediciones de nuestros futuros "rabkrinistas" y colaboradores de la Comisión Central de Control a lugares que no es muy decoroso mencionar en los respetables y ceremoniosos manuales.

* * *

¿Cómo se pueden fusionar las instituciones del Partido con las de los Soviets? ¿No hay aquí algo inadmisible?

Planteo estas preguntas no en mi nombre, sino en el de aquellos a los que he aludido antes, al decir que hay burócratas no sólo en nuestras instituciones de los Soviets, sino también en las del Partido.

¿Por qué, pues, no fusionar las unas con las otras, si los intereses de la obra lo reclaman? ¿Acaso alguien no ha advertido alguna vez que en un Comisariado del Pueblo como el de Negocios Extranjeros semejante fusión reporta extraordinaria utilidad y es practicada desde su mismo nacimiento? ¿Acaso no se discuten en el Buró Político, desde el punto de vista de partido, muchos problemas, grandes y pequeños, sobre nuestras "maniobras", en respuesta a las "maniobras" de las potencias extranjeras, para evitar, por decirlo así, sus estratagemas, por no emplear una expresión menos decorosa? ¿No es acaso esta flexible unión de lo soviético con lo del Partido una fuente de extraordinaria fuerza en nuestra política? Creo que lo que se ha justificado, lo que se ha consolidado en nuestra política exterior y ha penetrado ya en las costumbres de modo tal que no da lugar a dudas en este terreno, será adecuado por lo menos en la misma medida (y yo creo que será mucho más adecuado) en relación a todo nuestro aparato estatal. Y hay que tener en cuenta que la Inspección Obrera y Campesina ha sido precisamente consagrada a todo nuestro aparato estatal, y sus actividades deben abarcar a todas las instituciones del Estado sin ninguna excepción, tanto locales como centrales, tanto comerciales como puramente burocráticas, tanto de estudios como de archivos, teatrales, etc., en una palabra, a todas sin la menor excepción.

¿Por qué, pues, para una institución de tan gran alcance, para la cual, además, se requiere una flexibilidad extraordinaria en las formas de actuar, por qué no se puede admitir para esa institución una fusión peculiar de la institución de control del Partido con la institución de control de los Soviets?

Yo no vería en ello ningún inconveniente. Aún más: creo que esta fusión constituye la única garantía de un trabajo eficiente. Creo que cualquier duda al respecto parte de los rincones más polvorientos de nuestro aparato estatal y que sólo debemos contestar a ella de una forma: con la burla.

* * *

Otra duda: ¿Conviene aunar la actividad del estudio con la actividad del cargo? Me parece que esto no sólo es conveniente, sino necesario. Hablando en términos generales hemos llegado a contagiarnos de toda una serie de prejuicios perniciosos y ridículos de la organización estatal de Europa Occidental, a pesar de nuestra actitud revolucionaria frente a dicha organización; y en parte nos han contagiado adrede nuestros queridos burócratas, no sin mala intención, especulando con que en el río revuelto de semejantes prejuicios se podría pescar lo más posible; y ellos pescaban tanto en ese río revuelto, que solamente aquellos de entre nosotros que estaban completamente ciegos no veían cuán ampliamente se practicaba esa pesca.

En todo el terreno de las relaciones sociales, económicas y políticas somos "terriblemente" revolucionarios. Pero en el terreno del respeto al rango, de la observancia de las formas de los expedientes, nuestro "revolucionarismo" se ve reemplazado a menudo por una serie de las más rancias rutinas. En este sentido, más de una vez se ha podido observar un fenómeno sumamente interesante: cómo en la vida social el mayor salto de avance va unido a un prodigioso temor ante el menor cambio.

Y esto se comprende, porque los más audaces pasos hacia adelante se han hecho en un terreno que desde tiempos atrás constituía el patrimonio de la teoría, en un terreno que era cultivado principalmente o casi exclusivamente en teoría. El hombre ruso, ante la odiosa realidad burocrática que veía ante sí, desahogaba su espíritu con especulaciones teóricas de una audacia extraordinaria, razón por la cual esas especulaciones teóricas excesivamente audaces adquirían entre nosotros un carácter singularmente unilateral. Convivían en nuestro país, una al lado de la otra, la audacia teórica en las especulaciones generales y un sorprendente temor en cuanto a las reformas oficinescas más insignificantes. Cualquier revolución agraria de gran alcance universal era elaborada con una audacia sin precedente en ningún otro Estado, pero junto a esto no había suficiente imaginación para realizar una reforma oficinesca de décima categoría; no había suficiente imaginación o faltaba la paciencia para aplicar a esa reforma los mismos principios generales que habían dado resultados tan "brillantes" en su aplicación a los problemas generales.

Y por eso, nuestra actual vida diaria reúne en sí, en grado sorprendente, rasgos de increíble audacia con la timidez del pensamiento ante los más pequeños cambios.

Creo que tampoco ha podido ser de otra manera en ninguna revolución verdaderamente grande, porque las revoluciones verdaderamente grandes nacen de las contradicciones entre lo viejo, entre lo que tiende al cultivo de lo viejo, y la más abstracta aspiración a lo nuevo, que debe ser ya de tal manera nuevo, que no contenga ni un ápice de lo viejo.

Y cuanto más radical sea la revolución, tanto más habrá de prolongarse el período en que se mantendrán varias de estas contradicciones.

* * *

El rasgo general de nuestra vida consiste ahora en lo siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos tratado de arrasar las instituciones medievales, la propiedad agraria de los terratenientes, y sobre esta base hemos creado a los pequeños y muy pequeños campesinos, que siguen al proletariado, porque tienen confianza en los resultados de su labor revolucionaria. Sin embargo, no nos será fácil sostenernos con esta sola confianza hasta el triunfo de la revolución socialista en los países más desarrollados, porque los pequeños y muy pequeños campesinos, sobre todo durante la Nep, se mantienen, debido a la necesidad económica, en un nivel extremadamente bajo de productividad del trabajo. Además, la situación internacional ha dado lugar a que Rusia se vea ahora arrojada hacia atrás, a que, en conjunto, el rendimiento del trabajo del pueblo sea hoy en nuestro país bastante menor que antes de la guerra. Las potencias capitalistas de Europa Occidental, en parte conscientemente, en parte de un modo espontáneo, hicieron todo cuanto estaba a su alcance para arrojarnos hacia atrás, para aprovechar los elementos de la guerra civil en Rusia con el objeto de arruinar lo más posible al país. Precisamente en esta salida de la guerra imperialista veían, desde luego, sensibles ventajas: si no llegamos a derribar el régimen revolucionario en Rusia, dificultaremos, en todo caso, su desarrollo hacia el socialismo; así discurrían, poco más o menos, aquellas potencias, y, desde su punto de vista, no podían razonar de otra mane-

ra. Como resultado, obtuvieron una solución a medias de su tarea. No lograron derrocar el nuevo régimen creado por la revolución, pero tampoco le dieron la posibilidad de realizar en seguida un paso de avance tal, que pudiera justificar los pronósticos de los socialistas, un paso que les permitiera a éstos desarrollar con colosal rapidez las fuerzas productivas, desarrollar todas las posibilidades que, en suma, darían por resultado el socialismo, demostrar a todo el mundo palmariamente, con toda evidencia, que el socialismo encierra gigantescas fuerzas y que la humanidad ha pasado ahora a una nueva fase de desarrollo, que trae aparejadas posibilidades extraordinariamente brillantes.

El sistema de las relaciones internacionales es actualmente tal, que uno de los Estados de Europa, Alemania, se ve avasallado por los Estados vencedores. Por otra parte, diversos Estados, por cierto los más antiguos del Occidente, se hallan, gracias a la victoria, en condiciones de poder aprovechar esa misma victoria para hacer a sus clases oprimidas una serie de concesiones que, si bien son insignificantes, retardan el movimiento revolucionario en esos países, creando una apariencia de "paz social".

Al mismo tiempo, otros muchos países —el Oriente, la India, China, etc.— se han visto definitivamente sacados de su carril, precisamente por causa de la última guerra imperialista. Su desarrollo se ha orientado definitivamente por la vía general del capitalismo europeo. En esos países ha comenzado la misma efervescencia que se observa en toda Europa. Y para todo el mundo es ahora claro que ellos han entrado en un proceso de desarrollo que no puede por menos de conducir a la crisis de todo el capitalismo mundial.

Así, pues, en estos momentos nos hallamos ante la siguiente cuestión: ¿podremos mantenernos con la producción de nuestros pequeños y muy pequeños campesinos, en nuestro estado ruinoso, hasta el momento en que los países capitalistas de Europa Occidental lleven a término su desarrollo hacia el socialismo? Pero ellos llevan a término su desarrollo hacia el socialismo de un modo distinto a como esperábamos anteriormente. No lo llevan a término por un proceso gradual de "maduración" del socialismo en ellos, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado entre los vencidos en la guerra imperialista, unida a la explotación de todo el Oriente,

Por otra parte, el Oriente se ha incorporado de manera definitiva al movimiento revolucionario, gracias precisamente a esta primera guerra imperialista, viéndose arrastrado definitivamente a la órbita general del movimiento revolucionario mundial.

¿Cuál es la táctica que este estado de cosas impone a nuestro país? Evidentemente, la siguiente: debemos manifestar prudencia extrema para conservar nuestro poder obrero, para mantener bajo su autoridad y bajo su dirección a nuestros pequeños y muy pequeños campesinos. Tenemos de nuestra parte la ventaja de que todo el mundo pasa ahora ya a un movimiento que debe engendrar la revolución socialista mundial. Pero también nos encontramos con el inconveniente de que los imperialistas han logrado dividir todo el mundo en dos campos, y esta escisión se complica por el hecho de que Alemania, país de desarrollo capitalista realmente avanzado y culto, se ve ahora ante infinitas dificultades para levantarse. Todas las potencias capitalistas del llamado Occidente clavan en ella sus garras y no le permiten levantarse. Y, por otra parte, todo el Oriente, con sus centenares de millones de trabajadores explotados, llevados al extremo de la miseria, ha sido puesto en condiciones en que sus fuerzas físicas y materiales no pueden ni compararse en manera alguna con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los Estados de Europa Occidental, que son mucho más pequeños.

¿Podemos librarnos de la próxima colisión con estos Estados imperialistas? ¿Podemos esperar que las contradicciones internas y los conflictos entre los Estados imperialistas prósperos del Occidente y los Estados imperialistas prósperos del Oriente nos darán por segunda vez una tregua, igual que nos la dieron la primera vez, cuando la cruzada de la contrarrevolución de Europa Occidental, encaminada a apoyar a la contrarrevolución rusa, fracasó a causa de las contradicciones existentes en el campo de los contrarrevolucionarios del Occidente y del Oriente, en el campo de los explotadores orientales y de los explotadores occidentales, en el campo del Japón y de los EE.UU.?

A mi entender hay que contestar a esta pregunta en el sentido de que la solución depende aquí de muchísimas circunstancias, y sólo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto basándose en que el propio capitalismo, en

fin de cuentas, enseña y educa para la lucha a la inmensa mayoría de la población del mundo.

El desenlace de la lucha depende, en definitiva, del hecho de que Rusia, la India, China, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años con inusitada rapidez a la lucha por su liberación, de modo que en este sentido no puede haber ni sombra de duda con respecto al desenlace definitivo de la lucha mundial. En este sentido, la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada.

Pero lo que nos interesa no es esta inevitabilidad de la victoria final del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica que nosotros, Partido Comunista de Rusia, que nosotros, Poder soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten. A fin de asegurar nuestra existencia hasta la siguiente colisión militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los Estados atrasados al modo oriental, los cuales, sin embargo, constituyen la mayoría, es preciso que esta mayoría tenga tiempo de civilizarse. A nosotros también nos hace falta civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tenemos para ello las premisas políticas. Tenemos que seguir la táctica siguiente o adoptar para nuestra salvación la siguiente política.

Debemos tratar de construir un Estado en el que los obreros conserven su dirección sobre los campesinos, en el que conserven la confianza de éstos y en el que, aplicando el más severo régimen de economías, eliminen de sus relaciones sociales hasta el menor indicio de gastos superfluos.

Debemos reducir nuestro aparato estatal, economizando hasta el máximo. Debemos eliminar de él todos los indicios de gastos superfluos, de los cuales nos han quedado tantos de la Rusia zarista, de su aparato burocrático capitalista.

¿No será esto el reinado de la estrechez campesina?

No. Si conservamos la dirección de la clase obrera sobre los campesinos, obtendremos la posibilidad, mediante un régimen de economías llevado al grado superlativo en nuestro Estado, de lograr que todo ahorro, por nimio que sea, se conserve para el desarrollo de nuestra gran industria meca-

nizada, para el desarrollo de la electrificación, de la extracción hidráulica de la turba, para construir la central hidroeléctrica del Vóljov[10], etc.

En esto, y solamente en esto, residirá nuestra esperanza. Sólo entonces estaremos en condiciones, hablando en sentido figurado, de apearnos de un caballo para montar otro, es decir, de desmontar el mísero caballo campesino, el caballo del mujik, el caballo del régimen de economías calculado para un país campesino arruinado, para montar un caballo que el proletariado busca y no puede dejar de buscar para sí: el caballo de la gran industria mecanizada, de la electrificación, de la central hidroeléctrica del Vóljov, etc.

Así es como yo uno en mi pensamiento el plan general de nuestra labor, de nuestra política, de nuestra táctica, de nuestra estrategia con las tareas de la Inspección Obrera y Campesina reorganizada. En esto consiste para mí la justificación de los cuidados excepcionales, de la atención extraordinaria que debemos prestar a la Inspección Obrera y Campesina, colocándola a una altura excepcional, dándole una dirección con derechos de Comité Central, etc., etc.

Esta justificación consiste en que sólo depurando al máximo nuestro aparato, reduciendo al máximo todo lo que no sea absolutamente indispensable en él, nos mantendremos con seguridad. Y además, estaremos en condiciones de mantenernos no al nivel de un país de pequeños campesinos, no al nivel de esta estrechez generalizada, sino a un nivel que se eleva y avanza continua e ininterrumpidamente hacia la gran industria mecanizada.

He aquí las elevadas tareas con que yo sueño para nuestra Inspección Obrera y Campesina. He aquí por qué planteo la fusión en ella de la cúspide más autorizada del Partido con un "ordinario" Comisariado del Pueblo.

2 de marzo de 1923.

Pravda, núm. 49, 4 de marzo de 1923. T. 33, págs. 445-460.
Firmado: N. Lenin.

NOTAS

[1] La *Carta al Congreso*, conocida con la denominación de "testamento", fue dictada por Lenin del 23 al 26 de diciembre de 1922, y el *Suplemento a la carta del 24 de diciembre de 1922*, el 4 de enero de 1923.

Esta carta, igual que las publicadas a continuación –*Sobre la concesión de funciones legislativas al Gosplán* y *Acerca del problema de las nacionalidades o sobre la "autonomización"*– guardan estrecha relación con los últimos trabajos de Lenin, de importancia programática: *Páginas del diario, Sobre la cooperación, Nuestra revolución (A propósito de las notas de N. Sujánov), Cómo tenemos que reorganizar la "Rabkrin" (Proposición al VII Congreso del Partido)* y *Más vale poco y bueno*. Todos estos trabajos fueron dictados de enero a marzo de 1923 y publicados entonces en *Pravda* (véase *Obras*, t. 33).

Lenin consideraba necesario que, después de su muerte, se diese a conocer esta carta al Congreso ordinario del Partido. En cumplimiento de su voluntad, la carta fue leída a cada delegación que asistió al XIII Congreso del Partido, celebrado del 23 al 31 de mayo de 1924. El Congreso acordó por unanimidad no publicarla entonces ya que iba dirigida a él y no estaba destinada a la prensa.

Por acuerdo del CC del PCUS, las mencionadas cartas de Lenin fueron dadas a conocer a los delegados al XX Congreso del Partido y luego, enviadas a las organizaciones del PCUS.

Por indicación del CC del PCUS, estas cartas se publicaron en 1956 en el núm. 9 de la revista *Kommunist*, ("El Comunista") y editadas en un folleto con gran tirada.–3.

[2] El comentarista político de la revista contrarrevolucionaria *Rússkaya Mysl* ("El Pensamiento Ruso"), editada por P. Struve en Praga en 1922, no era S. F. Oldenburg (como se dice en la carta), sino S. S. Oldenburg.

S. F. Oldenburg: conocido orientalista ruso, secretario permanente de la Academia de Ciencias en 1922.–4.

[3] Se alude a la conducta capituladora de Zinóviev y Kámenev en las reuniones celebradas por el CC del Partido los días 10 (23) y 16 (29) de octubre de 1917, en las que se pronunciaron y votaron contra la resolución de Lenin de preparar inmediatamente la insurrección armada. Al encontrar enérgica oposición en ambas reuniones del CC, Kámenev y Zinóviev publicaron el 18 de octubre en el periódico

menchevique *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva") una declaración diciendo que los bolcheviques preparaban la insurrección y que ellos la consideraban una aventura. De esta forma revelaron a Rodzianco y Kerenski un grandísimo secreto del Partido: el acuerdo del CC de organizar la insurrección en fecha próxima. Ese mismo día, Lenin condenó este acto en su *Carta a los miembros del Partido Bolchevique*, calificándolo de esquirolaje inaudito. (Véase *Obras*, t. 26).—5.

4 *"Autonomización"*: idea de la unificación de todas las repúblicas soviéticas mediante su ingreso en la RSFSR como unidades autónomas. El proyecto de "autonomización" fue propuesto por I. Stalin. Lenin criticó duramente este proyecto, proponiendo una solución completamente distinta por principio: la agrupación de las repúblicas soviéticas en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre la base de la plena igualdad de derechos. El I Congreso de los Soviets de la URSS adoptó en diciembre de 1922 el acuerdo de formar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.—13.

5 Se trata de los plenos del CC del PC(b) de Rusia celebrados en octubre y diciembre de 1922. En el orden del día figuraban cuestiones relacionadas con la formación de la URSS.—13.

6 Lenin alude a su artículo *Acerca del infantilismo "izquierdista"* y *el espíritu pequeñoburgués* (véase *Obras*, t. 27).—31.

7 Lenin alude, evidentemente, a las palabras escritas por Carlos Marx en su obra *La guerra civil en Francia* y en la carta a Kugelmann del 12 de abril de 1871 (véase C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en dos tomos, t. I: *La guerra civil en Francia, Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871*, Apartado III; t. II. *Carta de Marx a L. Kugelmann* 12 de abril de 1871.).—35.

8 Véase la carta de C. Marx a F. Engels fechada el 16 de abril de 1856. (C. Marx y F. Engels. *Cartas escogidas*, ed, en ruso, 1955, págs. 85-86).—35.

9 Lenin escribió el artículo *Cómo tenemos que reorganizar la Inspección Obrera y Campesina* y su continuación, *Más vale poco y bueno*, con vistas al XII Congreso del Partido.

El XII Congreso del PC(b) de Rusia, celebrado del 17 al 25 de abril de 1923, tomó en consideración en sus acuerdos las indicaciones contenidas en estos artículos de Lenin. El Congreso aprobó una resolución especial *Sobre las tareas de la Inspección Obrera y Campesina y de la Comisión Central de Control* y otra acerca de la unificación de los organismos de la Comisión Central de Control y del Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina. —40.

10 *Voljovstrói*: Obras de la central hidroeléctrica en el río Vóljov, la primera gran central construida en la Unión Soviética. Las obras empezaron en 1918, pero adquirieron plena intensidad tan sólo en 1921, después de terminar la guerra civil. La central hidroeléctrica de Vóljov empezó a funcionar en 1926.—61.

INDICE

I. CARTA AL CONGRESO 3
IV. SOBRE LA CONCESION DE FUNCIONES LEGISLATIVAS AL GOSPLAN 8
VII. (PARA EL APARTADO RELATIVO AL AUMENTO DEL NUMERO DE MIEMBROS DEL CC) 12
ACERCA DEL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES O SOBRE LA "AUTONOMIZACION" 13
PAGINAS DEL DIARIO 20
SOBRE LA COOPERACION 26
NUESTRA REVOLUCION (A PROPOSITO DE LAS NOTAS DE N. SUJANOV) 35
COMO TENEMOS QUE REORGANIZAR LA INSPECCION OBRERA Y CAMPESINA (PROPOSICION AL XII CONGRESO DEL PARTIDO) 40
MAS VALE POCO Y BUENO 46
NOTAS 62

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da usted a conocer su opinión acerca de la traducción del volumen que le ofrecemos, así como de su presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso
Zúbovski Bulvar, 21
Moscú
(URSS)

В. И. ЛЕНИН

ПОСЛЕДНИЕ ПИСЬМА И СТАТЬИ

На испанском языке